



SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS
**OPERACION
COBALTO**

DONALD CURTIS

Operación Cobalto

1.ª EDICIÓN
DICIEMBRE, 1954



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:
175 — Cerco en las sombras. 213 — Pasaje a
Oriente.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

OPERACION COBALT

POR

DONALD CURTIS



PRÓLOGO

1

El capitán Arnold Adams, del «Intelligence Service», se mantuvo sereno después de escuchar las palabras del comandante Trevor.

—¿No le sorprende esto, Adams? —preguntó su superior.

—¿Debo sorprenderme, señor? —sonrió Arnold.

—Si no lo cree oportuno... —El comandante también sonrió—. En fin, Adams, es cuanto puedo decirle por hoy.

—Es bastante, señor. ¿He de hacer mis maletas ya?

—Saldrá mañana por vía marítima, de un modo absolutamente civil y particular. Recibirá su documentación y detalles finales, una hora antes de tomar el barco, junto con el pasaje y el dinero para los gastos.

—Bien, señor.

—¡Ah, un detalle! No podrá decir a nadie absolutamente nada, ni despedirse de su familia o de su novia. Todo es puramente secreto y no debe trascender que usted abandona Inglaterra. ¿Entendido?

—Sí, señor —asintió gravemente el capitán—. Ni siquiera a mi novia.

El comandante frunció el ceño.

—Ya sé que es duro, amigo mío, pero usted no es ningún novato y conoce bien estas cosas. *Miss* Hasbury es una linda jovencita digna de todas las atenciones, pero nuestro Departamento no puede permitirse el lujo de las galanterías.

—Yo no dije nada, señor.

—No, pero lo digo yo. También soy hombre, ¡qué diablos! y sé muy bien lo que usted sentirá. Sin embargo... órdenes son órdenes.

—Sí, señor.

—¿Conoce París?

—Por supuesto, señor.

—Bien. En ese caso, las instrucciones que reciba no precisarán de aclaraciones. Tenga en cuenta que en París realizará su más importante tarea sin duda alguna, dentro de la misión que se le encomienda. Conociendo bien la ciudad, todo le resultará más fácil.

—¿Algo más, señor?

—Nada más. Váyase a los lugares de costumbre, despídase de todos, en el club o en la calle, como si fuera a verlos mañana, y no aparente en modo alguno que está a punto de emprender un viaje. ¿Reside en una pensión, creo?

—Sí, señor. Una casa particular, en Charing *Cross*.

—No diga nada a su patrona. Llévese sólo un maletín y deje las demás cosas allí. Puede dejarle una nota mañana, diciéndole que ha ido a ver a unos parientes o amigos en las cercanías de Londres. En fin, usted se arreglará en esos detalles, Adams.

—Bien, señor. Buenas tardes.

—Hasta la vista, capitán...

Se saludaron militarmente, y Arnold Adams abandonó el despacho del comandante Trevor.

Cuando, un poco más tarde, subía hacia Piccadilly Circus, iba meditabundo y contrariado. No por su nueva y extraña misión, que le inquietaba sólo de un modo relativo, sino porque una vez más tendría que mentirle a Ruth, despidiéndose de ella hasta el día siguiente, como cada tarde. Sin saber si ese día siguiente iba siquiera a llegar alguna vez...

Al día siguiente, el capitán Arnold Adams, del «Intelligence Service» británico, no estaba destinado, desde luego, a ver a su novia. Su destino era otro, y estaba condensado en una sola palabra:

París...

2

—¡París...!

Irina Kalveis pronunció la palabra casi con unción. Cualquier mujer pronunciaría igual el mágico nombre. Y una esclava, antes que esclava, es también mujer.

Fedor Zadov achicó sus grises pupilas y entrelazó los largos

dedos pálidos, en apacible ademán.

—Eso es: París.

—¿Por qué allí, Zadov? —Se intrigó Irina, inclinándose hacia él.

—No es cosa nuestra, Irina —habló suavemente el jefe del Servicio Secreto de Krosllavia[1] en Europa—. Ellos lo eligieron y sólo podemos hacer una cosa: asistir al punto que eligieron para la batalla.

—¿Con desventaja para nosotros tal vez?

Zadov rió huecamente, y sus finos labios dibujaron un rictus de agudo humorismo.

—No hay desventajas para nadie... todavía. La misión es muy importante, por supuesto. Lo prueba que el «Intelligence Service» envió a uno de sus hombres más sagaces y temerarios.

—¿Quién?

—El capitán Arnold Adams.

Irina pestañeó un segundo, y luego clavó los inmensos ojos castaños, de trazo oblicuo, en la expresión regocijada de aquella especie de Buda viviente que era Zadov.

—¿*Arnold Adams*? ¡Eso es magnífico! Incluso sabemos su nombre.

—No seas ingenua, Irina. Desconocemos el auténtico aspecto de Adams cuando actúa en alguna misión especial. Tiene una habilidad extraordinaria en el disfraz. Puede llegar a París como un alegre viajante de comercio, lo mismo que convertido en un potentado hindú o egipcio, sin que nadie sospeche razonablemente de él. De cualquier modo que se presente, y elija el disfraz que elija, es un tipo escurridizo y muy capaz de cualquier maniobra que nos sorprenda. Tu misión consistirá en evitarlo.

—¿He de vigilar entonces a esa especie de coronel Lawrence?

—Estrechísimamente. Tendrás la colaboración de algunos de nuestros hombres destacados en París; pero considera que tampoco a él le faltarán ayudas.

—No importa. Ya sabes que en eso me basto por mí misma.

Zadov se retrepó en el asiento, cruzó las manos con benignidad y estudió en silencio a Irina Kalveis. Sí, él sabía que Irina se bastaba por sí misma para vigilar a los más peligrosos e inteligentes elementos de cualquier potencia extranjera. Era una mujer tan sagaz como hermosa.

Aunque de rasgos acentuadamente eslavos, su belleza era una curiosa mezcla de Oriente y Occidente. Tenía una tez aceitunada, los ojos rasgados, ligeramente oblicuos, nariz algo ancha pero graciosa, y unos labios carnosos, de intenso color rojo, que cuando sonreían lo hacían de un modo burlón y desafiante. La figura esbelta, elegante, componiendo un hermoso cuerpo femenino.

Zadov examinó todo eso una vez más, con su más sincera complacencia. Irina Kalveis era un miembro vital en la organización europea. El Alto Mando la había seleccionado para aquel trabajo, y ésa era la mejor prueba de su eficiencia.

—Confiamos ilimitadamente en ti —habló lentamente Zadov—. Por lo que te he explicado, puedes comprender que se trata de algo vital para todos. Sólo depende de que nosotros sepamos ganar la partida a los adversarios, y el sitio elegido para ello es París. Las repercusiones serán mundiales, y los efectos tal vez se sientan en latitudes muy lejanas. Pero hoy por hoy el secreto está en París, y no creo que Adams y tú seáis los únicos adversarios que coincidan en la capital francesa el próximo sábado.

—¿Se temen nuevas actividades de alguna otra potencia?

—Sí. Hay varias que pueden preocuparnos en ese aspecto. Sin embargo, las más peligrosas son aquellas que, indefectiblemente, se verán envueltas en la danza por absoluta necesidad.

—¿Francia?

—Es una de ellas. La otra, Norteamérica.

Irina frunció el ceño.

—Creí que era un problema virtualmente británico.

—Busca en cualquier momento a Inglaterra y encontrarás a su lado a los Estados Unidos —sentenció Zadov—. Aun en esta oportunidad, los yanquis no pueden ignorar que algo grave se planea en París. Puede que ignoren su naturaleza, pero tratarán de averiguarlo, aun a riesgo de irritar a sus aliados ingleses.

—¿Quieres dar a entender que *no estarán* de acuerdo entonces?

—No es fácil que lleguen a estarlo. Sé que Inglaterra lleva el asunto por sí sola y que ni en sus amigos los americanos debió confiarse.

—Por tanto, tenemos también algo a nuestro favor —sonrió Irina burlonamente.

—¿Qué?

—Si logro azuzar a unos contra otros, haciendo que se tengan una mutua desconfianza, puede sernos de gran ayuda.

—Puedes intentarlo... con prudencia.

—Seré sutil como la brisa del norte, Zadov. Confía en mí.

Zadov sonrió mientras ella se levantaba altivamente.

—Todos confiamos en ti, Irina, y por ello vas destinada a esa misión. Si triunfas, como espero y deseo, te deberemos algo muy grande.

—No lo haré porque tengáis que deberme nada. Lucharé hasta el último esfuerzo para obtener la victoria.

—Suerte entonces, Irina.

—Gracias, Zadov...

3

Oscar Duke, reportero destacadísimo del «Morning New Yorker», y hombre a quién las etiquetas sociales le importaban un bledo, dio un ruidoso portazo después de mandar al diablo a su redactor-jefe, y bajó las escaleras que conducían a la sala de máquinas, como si cien demonios juntos le fuesen pinchando con sus tridentes.

Alcanzó la sala, en plena efervescencia de trabajo. Por los rodillos de las rotativas pasaban las gruesas bobinas de papel, convirtiéndose en los pliegos impresos que un cuarto de millón de neoyorquinos leería dentro de tres o cuatro horas, desde el momento en que los primeros madrugadores y los últimos noctámbulos coincidiesen en su camino con la venta del diario.

Oscar Duke saltó limpiamente sobre unas pilas de periódicos ya embalados, y se encaró con un hombre en mangas de camisa, que dirigía la actividad impresora.

—¡Oye, Max, no tenías derecho a rectificar *mi* artículo, y mucho menos a cambiar los titulares que *yo redacté*! —aulló, con una voz tan sonora que se elevó por encima del ruido de las máquinas.

El llamado Max le miró con el ceño fruncido.

—No sé nada de eso, Oscar —se excusó vivamente—. El redactor-jefe me...

—¡Sí, ya le he dicho cuatro cosas al redactor-jefe! Pero tú nunca debiste obedecerle, Max... ¿O es que basta con que ese mequetrefe

lo diga, para que...?

—Cálmate, Oscar, y escúchame...

—¡No me da la gana! —Gruñó el poco diplomático Duke—. Varios diarios de América y Europa se disputan mi colaboración. Y yo, que soy un estúpido sentimental, os doy a vosotros mis mejores trabajos... ¡para que luego hagáis con ellos mangas y capirotos!

—Mira, Oscar, te aseguro que no era mi intención tacharte ni rectificarte nada. Nunca lo hago, por mucho que ese energúmeno insista. Pero esta vez... bueno, esta vez fue el propio director quien confirmó la orden.

—¿El director? —Duke le miró con aire perplejo—. ¿El «viejo» hizo eso, Max?

—Sí. Dijo que el senador Sheridan podía darse por ofendido.

—¡El senador Sheridan es un majadero!

—De acuerdo, pero en este caso concreto no conviene decirlo. Eso dijo el director. Y por eso te quité el párrafo que le dedicabas, así como el titular, demasiado claro y atrevido.

—¿Estamos en un país democrático donde se pueden decir las cosas claras, o acaso me lo enseñaron mal en las escuelas?

—No seas sarcástico, Oscar. Ve y díselo a él si quieres.

—¡Claro que se lo diré!

Y Oscar Duke subió de nuevo, ahora al último piso del edificio del «Morning», con la exclusiva intención de decirle varias cosas desagradables al mismísimo director del diario.

Horacio L. Boopps le escuchó con una sonrisa divertida. Por fin, cortó el torrente de acaloradas protestas y preguntó suavemente:

—¿Puedo hablar yo ahora, Duke?

Oscar se interrumpió y enarcó las cejas.

—Claro. Pero si va a decirme que el senador Sheridan...

—No, Duke, no se trata ahora del senador Sheridan. Ante todo, y perdone la observación, creo que no ha entrado en este despacho con la debida corrección. ¿No saluda ya a mis visitas, querido Duke?

Duke giró en redondo, para encontrarse con un sonriente caballero de melena gris, leoninamente fosca, y agudos ojos del color del acero. E incluso tan duros como éste. Se hallaba sentado en un discreto ángulo de la estancia, y miraba divertidamente al reportero.

—¡Oh, perdone, no le había visto!... Créame que lo deploro —y en su tono no había nada que demostrase sinceridad.

—No tiene importancia, señor Duke. ¿No me conoce usted? —interrogó ahora el desconocido de ojos acerados.

Duke meneó la cabeza.

—No, señor.

—Me llamo Albert Carson Coleman, y pertenezco al Departamento de Estado.

—Al Departamento... —Oscar silbó, admirativo—. Vaya, vaya...

—Y creo hablar con Oscar Duke, famoso columnista del «Morning New Yorker»... y antiguamente no menos famoso agente de los Servicios de Espionaje norteamericanos, ¿no es así?

Duke frunció el ceño.

—¿A qué viene eso ahora?

—Vamos, tenga calma —sonrió Carson Coleman—. Me envía a usted el viejo Gruber.

—¿Gruber? —La expresión de Duke se iluminó—. ¿El gran Natham Gruber?

—El mismo —rió Coleman—. Tenga, Duke.

Y le tendió un papel escrito a mano, con el sello impreso del Departamento Federal de Washington, y la inconfundible letra, angulosa e irregular, del viejo zorro de Gruber, uno de los jefes del Servicio Secreto Estadounidense en Europa Occidental.

Oscar leyó:

«Muchacho: Hemos vuelto a pensar en ti, todos los hombres de que disponemos para el más serio trabajo de la postguerra, son demasiado conocidos en Europa. Tú también lo eres... pero *como columnista de Prensa*, que es muy diferente.

»¿Qué tal te iría ser enviado como corresponsal del “Morning” a cierto lugar de la vieja Europa?

»Un abrazo del *Gran*

»*Natham Gruber*».

Oscar Duke gruñó algo entre dientes.

—¿Lo ha leído ya, Duke? —preguntó solícitamente el director del «Morning».

—Sí.

—Deme, entonces —y Horace L. Boopps tomó el papel, que prendió con su encendedor, hasta verle reducido a pavesas en el cenicero.

Coleman clavó en el exagente sus ojos tranquilos.

—¿Conoce París, Duke?

—¿París? —Duke le miró con extrañeza—. ¿Ése es el punto?

—Lo es... si usted *acepta*.

Duke soltó una carcajada.

—¿Es que *aún lo duda*, señor Coleman? Deme fecha de salida... y otros detalles. Prometo no preocuparme más del senador Sheridan —y sus ojos lucieron burlones.

4

—He aquí su pasaporte a nombre de Esteban Stapoulos, comerciante de Creta. Aquí tiene también sus papeles de negocios, sus cartas de pedidos, impresos comerciales y demás detalles. Espero que todo esté correcto.

Laszlo Czejac examinó cuidadosamente los documentos, redactados en el más correcto y perfecto griego. Con una sonrisa satisfecha, guardó la documentación en sus bolsillos.

—Todo está bien, señor —dijo con su extraña voz pastosa, singularmente modulada en los tonos graves.

—Su pasaje en el avión de mañana, está reservado a su nombre supuesto, y llevará a un griego en el asiento de al lado. Hemos cuidado este detalle. Procure intimar con él, sin que sospeche su auténtica nacionalidad. Al llegar a París, alójese en el mismo hotel si es posible. Háganse amigos como sea. Ello ayudará a que pase usted con menos sospechas. Ese otro griego es conocido en París. Pertenece al Partido Demócrata, y usted debe hacerle creer lo mismo. De lo demás, usted se encargará. Conoce Grecia lo bastante bien como para no dar un paso en falso, y habla el griego como un nativo.

—En efecto, señor, no se preocupe.

La conversación tenía lugar en un reservado de cierto restaurante en una capital balcánica, y los dos interlocutores

parecían alegres viajeros de comercio, charlando intrascendentes ante la bien provista mesa.

—Esta noche sale su avión para Atenas, Laszlo. Una vez allí, agentes nuestros se pondrán en contacto con usted para llevarle a una residencia particular, desde la cual saldrá mañana en automóvil hacia el aeropuerto.

—¿Y una vez en París?

—Recibirá instrucciones mañana mismo, por un medio seguro y eficaz.

Laszlo Czejac hundió su cucharilla en el postre helado, y sonrió confiadamente.

—Habrán de luchar mucho para tomarnos la delantera. Se lo garantizo, señor...

CAPÍTULO I

DESTINO: PARIS

El profesor Hans Hummel se puso perezosamente en pie y se quedó contemplando el gráfico del muro, donde aparecía, detallado en toda su amplitud y asombrosa organización, el nuevo centro de investigación atómica del Gobierno inglés.

En realidad, el aspecto físico del profesor hacía difícil imaginar que aquel hombre fuese una verdadera eminencia en el terreno de la Física nuclear, y que nadie, en Europa, sabía lo que él acerca de tan fundamental rama científica.

Hummel, alemán de nacimiento, pero eficaz combatiente antinazi en la Guerra Mundial, ahora prestaba sus servicios a los aliados, especialmente a los laboratorios británicos.

Pocos sabían que Hummel se dedicase a investigaciones relacionadas con el átomo, pues oficialmente había dejado de explorar el terreno nuclear desde el mismo momento en que la primera bomba hizo explosión en Hiroshima.

Sin embargo, fue precisamente a partir de entonces cuando los Estados de todo el mundo se dieron cuenta de que en aquella arma terrible estaba la seguridad de impedir nuevas guerras, precisamente por su poder devastador, y el momento en que Hans Hummel inició más a fondo sus investigaciones para Su Majestad británica.

En Munster, aquella pequeña ciudad de la Alemania ocupada por los ingleses, Hummel dirigía los experimentos al mando de un numeroso personal especializado y a salvo de cualquier sospecha. Allí era casi imposible que entrase espía o agente enemigo alguno. Era una fortaleza inexpugnable en lo que a personal dudoso se refería. Cada uno de los allí empleados, fuese cual fuese su cargo,

era minuciosamente analizado por los departamentos de información, y sólo cruzaba la entrada del gran centro investigador cuando su expediente personal había pasado por la propia mesa del Primer Ministro y de los jefes del «Intelligence Service».

Hombres y mujeres de diversos cargos y especialidades, todo ello dentro del terreno de lo nuclear, laboraban allí calladamente en secreto, para la perfección de las armas atómicas. No les guiaba el belicismo, sino el afán del predominio bélico, único modo de mantener la paz, pues sólo en la propia fuerza radica el temor de los demás, y con él la seguridad de que nadie va a quebrantar esa paz.

Hans Hummel tenía ahora ese estado febril propio de la persona que se encuentra a punto de dar con la máxima aspiración de su vida. Y efectivamente, se encontraba tan cerca de la meta, que a él mismo le parecía imposible. Allí, ante él, sobre la mesa, estaban los resultados de las últimas experimentaciones, y las cifras anotadas, los registros hechos por sus diversos y competentes colaboradores, sólo indicaban con rara unanimidad, una cosa: ¡éxito!

Hummel sabía ahora uno más de los secretos de la energía termonuclear. Acaso no fuera el último; posiblemente en el futuro se llegase a conseguir un arma aún más potente y destructiva. Pero en su interior, Hummel estaba casi persuadido de que aquello era improbable. De que, hoy por hoy, aquel paso dado en la hegemonía del armamento atómico, era decisivo, y podía significar la paz... o la más espantosa de las guerras.

El sabio germano se estremeció pensando lo que un arma así significaría en manos perversas o ambiciosas. El fin de la Humanidad...

Una llamada a la puerta de su despacho, le arrancó a sus sombríos pensamientos. Se recuperó rápidamente, guardó los papeles en el cajón de su mesa, cerró con llave, y luego se irguió, sereno.

—¡Adelante! —dijo.

Se abrió la puerta, dando entrada a una joven de gran belleza y aire risueño. Tenía cutis suave, ojos de mirada viva, inteligente, a la par que apacible, y sonrisa juvenil. Vestía bata blanca y llevaba un bloc de notas en la mano.

—Buenos días, profesor —saludó sonriente—. ¿Aún está ocupado?

—No, no, mi querida Cristina. He terminado por hoy mi tarea, y aguardaba su llegada de un momento a otro.

—Acaba de llegar un cablegrama para usted, profesor —sonrió la joven, que extrajo de entre las páginas del bloc un papel amarillo. Se lo tendió a Hummel.

—Gracias, Cristina —sonrió Hummel, tomando el cable, que abrió calmosamente.

Cristina no le perdió de vista mientras el sabio lo leía. Después, aguardó respuesta; pero el profesor permaneció unos segundos reflexionando. Finalmente, alzó la cabeza.

—¿Algo adverso, profesor Hummel? —interrogó ella, curiosamente.

Denegó el alemán con una sonrisa.

—No, Cristina, no se asuste usted. Se trata de algo que ya esperaba. Sólo que creí que nos darían más tiempo para preparar las cosas.

—No le entiendo.

Hummel enarcó las cejas, algo perplejo.

—Adams se encarga del asunto... No puede fracasar.

Las palabras resultaron incomprensibles para Cristina, pero el profesor no se preocupó de aclarárselas. Cristina le conocía lo bastante para no preguntarle nada en absoluto. Si el sabio no decía nada acerca de un asunto nebuloso para sus subordinados, era simplemente porque no deseaba hacerlo, no por distracción. Hans Hummel distaba mucho de ser el clásico profesor distraído. Sus sentidos estaban siempre despiertos y vivos. Su agudeza y celeridad de pensamiento la había adquirido durante la guerra, cuando estuvo complicado en mil acciones peligrosas, y hubo de ingeniárselas para no caer nunca en manos de sus compatriotas nazis, que le hubieran eliminado sin pérdida de tiempo.

—¿Ha terminado usted ya sus investigaciones, profesor?

—Sí, Cristina. Pero ahora viene lo más difícil. Entregar a los Mandos ingleses el resultado de las mismas.

—¿No hay aquí quien pueda hacerse cargo de ello?

—No. Nadie es de la confianza suficiente, a juicio del «Intelligence Service», para recoger fórmulas y documentos y emprender el viaje a Inglaterra. Tampoco ninguno de nosotros puede hacerlo por sí mismo. El espionaje es algo sutil, querida

Cristina, que penetra por cualquier rendija, y nos sorprende cuando más seguros nos creemos. Usted, por ejemplo, y yo mismo, somos objeto, sin saberlo, de preferente atención. Si uno solo de nosotros saliera con rumbo a las Islas Británicas, no es probable que llegase nunca, y mucho menos su preciosa carga.

—Sí que resulta complicado, profesor.

—Mucho. Sin embargo, hay un medio de desorientar a nuestros posibles observadores. Y es el conseguir desconcertarles, y que no sepan, a ciencia cierta, a quién siguen ni quién lleva realmente las fórmulas consigo. Además, en cierto punto de Europa se puede hacer pasar esos documentos de mano, a poder de cierta persona que, a cubierto de toda sospecha, y decidida a todo, lleve a puerto seguro lo que constituye el secreto de mayor importancia de la postguerra.

—¿Es idea suya acaso?

—No. El «Intelligence Service» lo ha planeado, enviando a uno de sus mejores agentes. Ahora veremos si el adversario se deja engañar. Si ellos lo adivinan, tendremos que enfrentarnos con una verdadera batalla sorda. En esta batalla, igual podemos vencer nosotros que ser estrepitosamente derrotados. Hay países muy interesados en saber nuestros secretos.

—¿Por ejemplo?

—¡Oh, no es necesario mencionar ejemplos! Pero ahí tiene usted a Kroslavia, un oscuro Estado balcánico, cuyo dictador está dispuesto a introducir sus agentes en donde sea preciso.

—Oí hablar de Kroslavia, pero nunca creí que fuesen capaces de inmiscuirse entre las grandes potencias.

—No es tan infrecuente el caso de los pequeños Estados dispuestos a arrebatar la hegemonía de los grandes al menor descuido. Ahí tiene a Yugoslavia, decidida adversaria de las Repúblicas Soviéticas. O a Polonia, cuando se atrevió a desafiar a Alemania, al igual que Grecia lo hiciera al verse pisada por Italia.

—Pero nadie se mete ahora con Kroslavia.

—No es necesario... Los kroslavos son belicosos y enemigos de toda potencia actual, sin distinción de colores ni ideologías. Si ellos prevén que puede llegar a su poder la actual arma, harán lo imposible por ello y sacrificarán cuántas vidas sean necesarias. Tengo informes de que ya en relación con la bomba de hidrógeno

llegaron a infiltrarse de un modo peligrosísimo. Tanto en Washington y Londres como en Moscú. Pero sus tres proyectos les salieron mal.

—Confiemos que esta vez ocurra lo mismo —sonrió Cristina, con cierta preocupación.

—Esa esperanza nos anima, mi querida amiga —asintió Hans Hummel, aunque veíase bien a las claras que no estaba muy convencido de que tal cosa resultara fácil.

—Ahora, hablando de otra cosa, profesor; ¿qué misión es la que tengo que desarrollar ahora, una vez terminada la labor científica?

Hummel se acomodó en su asiento, contempló el vacío como si en él hubiese algo de gran interés, y luego se encaró con Cristina, mientras una sonrisa burlona le curvaba los labios.

—Al contrario, Cristina, al contrario —dijo suavemente el sabio—. Ahora empieza una de las facetas más delicadas de su labor en este asunto. Quizá sea más peligrosa, lo admito, pero creo que no le desagradará.

Los ojos de Cristina brillaron con su peculiar viveza.

—¿No irá a decirme que piensa convertirme en una terrible espía?

Hummel se echó a reír alegremente.

—Algo parecido. No sé si llegará usted al grado de «terrible», pero sí va a tener que hacer algo muy parecido a lo que haría una de esas espías del cinematógrafo.

—¡Qué emocionante! —rió ella.

—Bien, no vaya a hacerse excesivas ilusiones —dijo más seriamente el alemán—. Ya le avisé de los peligros que entraña este asunto. Adonde usted va a ir el riesgo será continuo.

—¿Qué sitio es ése, profesor? —La voz de Cristina tremolaba por la emoción.

—París.

—¡París! —Se irguió asombrada—. ¿Es posible?

—¿Le extraña?

—Sí. Yo creí que se trataría de otro punto menos...

—¿Menos importante? Ésa es precisamente nuestra idea. Dificultar la acción del enemigo. París es la ciudad ideal para jugar al escondite en esta dramática liza que entablamos. A estas horas, pese a todo nuestro secreto, ellos saben ya el punto de reunión que

hemos elegido. El espionaje es así de sutil. Pero nada consiguen con ello. Ignoran las demás circunstancias del encuentro, y ello constituye nuestra única ventaja por ahora.

—¿Y qué debo hacer en París?

—Ya se le explicará, Cristina. De momento, sepa que se tendrá que encontrar conmigo en un lugar y fecha que ya designaremos, una vez haya entregado yo a nuestro hombre del «Intelligence Service» los documentos que llevaré. De mantener secreta la fecha y punto de la entrevista suya y mía, dependen muchas cosas.

Cristina Janot, belga de nacimiento, pero adicta a la causa de los británicos desde la guerra mundial y única persona en quién confiaba Hummel, asintió con un movimiento de cabeza.

Empezaba a darse cuenta de que su misión dentro de aquella complicada operación, era mucho más importante de lo que en un principio pensó.

Y se preguntó a sí misma si sería capaz de desempeñarla con la inteligencia necesaria. Los enemigos que había mencionado Hummel, distaban mucho de ser insignificantes. Cualquier descuido suyo podía influir en el fracaso.

Si alguna persona había en el mundo que supiese el significado de un fracaso, ésa era precisamente Cristina Janot.

Faltaban sólo unas horas para que Hans Hummel saliese con destino a París. En aquella maleta que iba a cerrar de un momento a otro, iba el envoltorio de tela, impecablemente precintado, donde ocultaba sus ropas para el viaje. Nadie tenía que saber concretamente su medio de llegada a la capital de Francia, y todas aquellas precauciones iban encaminadas a impedir semejante contingencia.

Aquel paquete sólo se abriría en el tren que tomase para la frontera gala y allí se efectuaría el cambio. En Francia entraría Hans Hummel, como había planeado anteriormente, sin comunicárselo a nadie. Ni siquiera Cristina sabía una sola palabra acerca de ello. No porque dudase de ella. Cristina era su única persona de total confianza. Pero ella podía caer en manos adversarias, y entonces, interrogada de un modo excesivamente brutal, que agotase su resistencia física, o utilizando drogas de poderoso efecto, podían sonsacarle la verdad, y entonces lo habrían echado todo a rodar.

Por eso Hummel, viejo zorro en las lides de la intriga

internacional, sólo confiaba en sí mismo, y de un modo muy relativo. Sabía con absoluta certeza, gracias también a su condición de físico, que existen hoy en día drogas y sueros capaces de arrancar los mayores secretos de labios de una persona.

Hummel acabó de ponerse su abrigo y cerró la maleta tras una pugna con la tapa, que se negaba a cerrarse.

En aquel momento, llamaron a la puerta de su habitación en aquella casa que ocupaba, en el distrito industrial de Munster, bastante alejado del Centro de Investigación Nuclear.

—¿Quién es? —preguntó, sobre aviso, empuñando la «Luger» que nunca le abandonaba.

—Soy yo, *herr* Hummel —respondió la voz de la patrona de la casa, una austríaca de aire apacible y voluminosa humanidad, que sabía guisar como los propios ángeles y había sido una ferviente enemiga del Reich durante la conflagración mundial.

Estas dos cualidades de la germana, la hacían insustituible para el sibarítico Hummel. Ahora, sin embargo, le resultó molesta la presencia de su patrona.

—¿Qué desea, *frau* Borsche? —interrogo, sin llegar a abrir la puerta.

—Es correo para usted, profesor —dijo ella, al parecer con toda naturalidad—. Lo acaban de traer.

—Estoy ocupado —dijo Hummel—. Échelo por debajo de la puerta.

—Imposible, señor. Es un paquete —replicó la señora.

Hummel frunció el ceño, abrió la puerta y se encontró frente al rubicundo rostro de la patrona, cuya cabellera de un color oro viejo, daba a su rostro poderoso y firme, de hembra teutona un aire de walkiria wagneriana.

—¿Qué diablos de paquete es ése? —Gruñó, enfadado.

La buena mujer le tendió un certificado envuelto en papel color avellana, cuidadosamente ligado con un delgado cordel.

—Llegó ahora mismo. No había más que una carta para mí, *Herr* Hummel, y este certificado dirigido a usted de Estrasburgo.

El sabio lo recogió y leyó el destinatario. Estaba escrita la dirección con letra clara y legible. Le pareció familiar. Al leer en un ángulo las señas del remitente, comprendió por qué le resultaron tan conocidos los caracteres manuscritos.

Leyó:

«Cristina Janot. Estación del Ferrocarril. Contiene libros».

Sonrió. Había sido un encargo que diera a su ayudante y colaboradora, antes de partir ésta para París.

«Envíeme libros franceses, si tiene tiempo. En cualquier librería, durante el camino, puede hallar algo interesante. Así llevaré lectura, para el viaje».

Pero no esperaba que Cristina llegase a tiempo de enviarte el paquete y recibirlo, pues Hummel había anticipado su salida unos días.

—Gracias, *Frau Borsche* —sonrió, hablando en alemán—. Es usted muy amable.

Cerró la puerta, fue hacia su mesa de trabajo y una vez allí, se dedicó a desatar cuidadosamente las ligaduras del paquete. Siempre que recibía libros o revistas científicas, experimentaba la misma infantil ilusión.

Sintió hacia Cristina una gratitud inmensa. Era un modelo de muchacha. Si apenas habría tenido tiempo de parar el tren para que le comprase aquellos libros.

Miró el matasellos: día 10. ¡Admirable! Cristina salió de Munster el día 9 por la noche. Su espíritu minucioso le hizo seguir observando casi mecánicamente, hasta detenerse en otro dato del matasellos:

7 A. M.

Hans Hummel se sobresaltó. Su frío cerebro hizo un rápido cálculo mental. El ferrocarril que a las nueve abandonaba Munster, llegaba *a las ocho cuarenta y cinco minutos de la mañana siguiente*.

Si Cristina había bajado del tren a esa hora, suponiendo llegase puntual, cosa infrecuente en Europa en estos días, mientras compró los libros, hizo el paquete, lo certificó y lo depositó en la Estafeta de Correos de la Estación, tenían que ser, necesariamente, más de las nueve. Habían depositado, pues, el envío, con dos horas de adelanto.

Como si el paquete se hubiera convertido en un áspid, lo soltó vivamente, y se alejó unos pasos de él. Lo miró con ojos meditativos. Estudió más detalladamente la letra irregular y clara del papel color avellana. Acaso no era la de Cristina. No podía serlo.

Cometieron un error al enviar aquel certificado. De haberlo hecho dos horas después, Hummel no hubiera recelado nada. Pero así, era evidente que ella no puso tal envío. Por tanto, alguien lo hizo, y su intención no podía ser buena, al imitar la letra y hacer precisamente la imposición en aquella localidad, de modo que el engaño fuese completo. Temieron que no llegara a tiempo, y esa presteza en el certificado les delató a los ojos del perspicaz hombre de ciencia.

Hummel se preguntó qué habría en aquel envoltorio. Aunque prestó oído, no pudo captar sonido alguno en su interior. No debía de ser una bomba de relojería. Pero que contenía algo mortífero, era indudable. Miró en torno, perplejo.

Sus manos se crispaban, ligeramente nerviosas. No sabía qué hacer. Era preciso tomar precauciones por lo que pudiera ocurrir.

Súbitamente recordó algo. Fue al cuarto de baño con el paquete en la mano, y se dirigió en derechura a la bañera.

Abrió ambos grifos, de agua fría y caliente, y esperó a que se fuese mediando el recipiente con el agua tibia. Su mano tenía un ligero temblor mientras empuñaba delicadamente el envoltorio. A nadie, por mucha que sea su sangre fría, le agrada tener a unos milímetros la muerte. Y era indudable que aquel paquete cuidadosamente liado, era un mensaje mortal para su destinatario.

Cuando el agua alcanzó la mitad del nivel de la bañera, hundió la mano con todo cuidado, sumiendo el objeto en el líquido templado.

Después, aguardó varios minutos, mientras el papel se iba empapando cada vez más. Cuando comprendió que lo que fuese había sido inutilizado por la acción de la humedad, volvió a meter el brazo y siguió la tarea de desenvolverlo.

Tras el papel avellana, apareció otro de color blanco. Y dentro de éste, una caja en forma de libro. Era una caja de material duro y opaco, de color plomo. Acaso no fuera un metal muy resistente, pero lo preciso para mantener herméticamente guardado lo que fuere.

Hummel continuó manipulando, sin extraer el paquete del agua. A través de ella, iba viendo lo que ocurría.

Necesitó un cortaplumas para abrir la tapa. Cuando lo hizo, el agua se tiñó en una amplia zona de una coloración violácea, que le hizo fruncir el ceño. No había nada más. La caja estaba vacía.

Sin embargo, para el científico alemán, aquello era suficiente. Sabía que había estado a punto de morir, víctima de una espantosa muerte, tan rápida como implacable. Él reconocía la naturaleza de aquel raro gas, que al contacto con el agua se diluía, coloreándola en un tono violáceo. Se podía contener en un recipiente como aquél, y dispuesto de modo que al ser abierto, el mismo mecanismo de la caja lo expulsase violentamente hacia el rostro del destinatario, envolviéndole en una nube tóxica que le aturdía y derribaba inconsciente en breves segundos. Después, durante la inconsciencia, el gas iba penetrando en los pulmones, asfixiándole sin escapatoria posible.

No era un medio común de matar. El nombre y la fórmula de aquel veneno gaseoso, era conocido de pocas personas. Sus efectos, mucho menos aún.

¿Qué diabólicos enemigos iban ya tras sus pasos y habían enviado por correo aquella mortífera caja?

¿Estaría ya tejida toda la tela de araña en torno a los personajes vitales de la Operación que iba a desarrollarse en París?

Hans Hummel había escapado milagrosamente de la muerte, gracias a aquella suspicacia y facultad de observación que tenía el eminente científico germano. Pero incluso él mismo alimentaba un secreto temor: ¿Tendría la misma suerte en una nueva intentona?

A la vista del fracaso de su intentona, los enemigos de Inglaterra tratarían ahora de aguzar su imaginación para hallar nuevos métodos de muerte. Interesaba mucho eliminarle. Hans Hummel estaba decidido a que eso no llegase a ocurrir.

Ni siquiera en París, donde los riesgos iban a ser muy grandes. Incluso temía ya por la vida de Cristina Janot, su gentil y atrevida colaboradora.

CAPÍTULO II

CITA EN EL «AMBASSADOR»

Cristina Janot salió al exterior de la *Gare de l'Est*

. Dejó atrás el gran patio de la estación y se encontró en la Rue de Strasbourg.

La boca del «metro» se abría enfrente, en la esquina con el *boulevard*. Pero Cristina tenía prisa por llegar a su destino definitivo, y tomó un taxi de la hilera formada ante la estación.

—«Hotel Ambassador» —indicó al chofer, colocando sobre sus rodillas el pequeño maletín de piel oscura, que siguió ciñendo celosamente entre sus brazos.

El vehículo alcanzó la Rue Lafayette, y continuó por ella hasta doblar por la Drouot. Al fin, en el Boulevard des Italiens se detuvo ante el edificio del «Ambassador».

—La habitación reservada a nombre de Cristina Janot —dijo en la conserjería del hotel, sin soltar de su mano el maletín color marrón.

Le entregaron una llave con una placa con el número 328. Subió al tercer piso. Un «botones» le abrió la puerta y se hizo a un lado.

Cristina le alargó un billete de cincuenta francos. Entró, cerró tras sí la puerta y examinó con atención la estancia. Las habitaciones del «Ambassador» eran espaciosas y confortables. Sus amplias ventanas daban al *boulevard*. Pero la excelente vista del centro de París, no impresionó mucho a *mademoiselle* Janot. Lo conocía demasiado bien, y además, tenía cosas más urgentes en que pensar.

Se acercó al supletorio de luz colocado sobre la mesilla.

Hábilmente desenroscó la lámpara por su base, que salió dificultosamente de su parte inferior.

Entre los dedos largos y sensitivos de Cristina, asomó el motivo de aquella dificultad: un pequeño fragmento de papel carbón, puesto allí como para encajar mejor ambas piezas.

Estaba hecho cuatro dobleces. Cristina lo desplegó y se situó en el punto más iluminado de la estancia. El papel carbón, utilizado sólo una vez, permitía ver lo que alguien escribió sobre él, a máquina. Los ojos de Cristina, rápidos y perspicaces, leyeron lo escrito a la inversa, sin necesidad de espejo alguno que lo volviese a su correcta posición. Decía, en alemán:

«Siga aquí. La veré mañana. A las doce y media en su alcoba. Cuidado con I. R.

»H. H.».

Cristina sonrió sin alegría alguna. Fue una sonrisa mecánica, que tuvo mucho de agresiva. Después, entró en el cuarto de baño y abrió el grifo del lavabo.

Redujo a trocitos microscópicos el papel carbón, los mojó en el chorro de agua, hizo con ellos una bola y la arrojó por la tubería de desagüe.

No acabaron allí los manejos de la bella muchacha. Abrió el maletín, extrajo de él un montón de libros encuadernados en tela, bastante usados, y los tiró descuidadamente sobre una mesa.

Del fondo del maletín sacó un objeto cilíndrico de reducidas dimensiones, semejante a un rollo de cinta cinematográfica diminuta, y un carrete de cinta adhesiva.

Volvió a entrar en el lavabo. Se puso en pie sobre el borde de la bañera, alcanzó el depósito del agua y fijó a una de sus paredes el rollo de película, sujetó con dos tiras de cinta adhesiva.

Descendió con una sonrisa satisfecha y tiró el resto de la cinta engomada a un recipiente de papeles y desperdicios.

Ampliando su sonrisa, volvió al dormitorio, donde dispuso su brillante pijama azul y su batín de seda, únicas prendas que contenía ya su maletín.

Consultó el reloj. Las siete de la tarde. Bajaría al comedor a tomar un té, puesto que tenía tiempo hasta las nueve. Cerró tras sí la alcoba y bajó a la planta inferior.

En el comedor no había mucha gente a la hora del té. Algunos ingleses de aspecto estrafalario y un joven alto y rubio que posiblemente sería también inglés, aunque no lo parecía, sentado solo a una mesa contigua a un ventanal.

Cristina ocupó una mesa no muy alejada de aquélla, tal vez por no buscar la vecindad de los estrambóticos ingleses.

Mientras se servía unas gotas de leche en la infusión, le pareció sentir fija en ella una mirada. Giró velozmente la cabeza y observó al joven rubio del ventanal. Sí, era él quien la miraba. Pero no al rostro precisamente, sino a las piernas, que su falda dejaba exhibir ahora con excesiva generosidad.

Irritada, se acomodó mejor, y el joven rubio volvió la atención a su propio té sin parecer darse por aludido.

Cristina Janot tenía unas piernas dignas de ser admiradas, pero ella se preguntaba siempre, con enfado, por qué los hombres habían de fijarse constantemente en ellas.

Al acabar el té, llamó al camarero.

—¿A qué hora sirven la cena, por favor?

—A las ocho, *mademoiselle*.

—Gracias —Cristina añadió, descuidadamente—. ¿Quién es ese joven del ventanal?

—¡Oh! —El camarero fingió recoger unas imaginarias migajas de las pastas de té—. Es un americano muy popular en París. Periodista.

—¿Estuvo antes en el «Ambassador»?

—Pasó aquí parte de la guerra. Los alemanes estuvieron a punto de encerrarle varias veces. Se llama Oscar Duke y actúa de corresponsal de Prensa.

—Ya...

Todo el interés se borró de su rostro. Aborrecía a los reporteros. Cristina opinaba que eran gente impertinente y osada, sin educación alguna.

—Creí conocerle, pero veo que me equivoqué.

Se puso en pie y salió del comedor sin volver a mirar a Duke, cuyos ojos la siguieron pensativamente hasta que se perdió de vista.

Después de la cena, harto de oír hablar el más perfecto e incomprensible griego a dos de sus vecinos de mesa, uno de los

cuales tenía una sorprendente voz grave, Oscar Duke gruñó algo irrespetuoso contra la gloriosa dialéctica de los descendientes de Homero, y salió a la calle deseando meterse en cualquier lugar donde oyese una bendita palabra en inglés.

Leyó la cartelera en el «Paris Soir». En el «Biarritz» proyectaban una película americana en su versión original. Tomó el «metro» en la Plaza de la Ópera, hasta el *Boulevard des Champs Elysées*, en la estación situada entre los cines «Colisée» y «Marignan».

El «Biarritz» estaba en la Rue Pierre Charron, y en él entró.

La comedia cinematográfica era insulsa y llena de absurdos. Oscar, aburrido de ver a Claudette Colbert y a un estúpido galán recién fabricado por Hollywood, desfilan por la pantalla en continuas payasadas, abandonó el local y se metió en el «Lido», a ver el resto del espectáculo revisteril que allí se representaba.

Durante uno de los entreactos, hojeó el «Paris Soir» con absoluta indiferencia. Casi saltó en su asiento al leer un pequeño titular entre las noticias de octava página:

«El profesor Hans Hummel, célebre físico nuclear alemán, llegará mañana a París. Pronunciará varias conferencias en el “Palacio de los Descubrimientos”».

¡Hans Hummel en París! Duke frunció el ceño. Aquello era muy extraño. Una personalidad como Hummel en París... y *en aquellos momentos*.

El espectáculo del «Lido» se reanudaba, y aunque Oscar trató de poner en él toda su atención, no lo consiguió. Pensaba en Hans Hummel y en su llegada a París.

Al terminar, cuando Duke casi alcanzaba la calle, en medio del torrente humano que se desbordaba por las puertas del «Lido», un fuerte palmetazo en la espalda le hizo volverse con sorpresa, al tiempo que un vozarrón de trueno exclamaba jubilosamente:

—¡Infierno, si es el propio Oscar Duke en carne y hueso!

Duke se quedó mirando al hombre corpulento y risueño, de cabellos muy negros y ojos chispeantes que le contemplaba con irrefrenable satisfacción y sorpresa.

—¡Harry Faulkner! —Gruñó Duke, con una amplia sonrisa—. ¡El americano más afrancesado del mundo!

—No, no —rió Faulkner—. No eres exacto, mi querido Oscar.

—¿He mentado en algo? —dijo Duke, burlón.

—Claro que sí —protestó vivamente el hombretón—. El francés más americanizado resultaría más exacto. ¿Qué pensará, si no, mi amigo?

Sólo entonces se fijó Duke en que Faulkner, su viejo camarada de 1942, nacido en París y tan yanqui como el propio Empire State, por sangre y sentimientos, iba acompañado.

El hombre aludido por Faulkner era un individuo alto, de pelo castaño claro, ojos muy azules y cutis pálido, salpicado de diminutas pecas. Parecía tan cordial y afable como el propio Harry Faulkner.

—Te presento a mi amigo y socio, Pierre Denis. Pierre, éste es Oscar Duke, el más entrometido e incorregible de los reporteros.

—Encantado —dijo el francés, con un excelente acento británico.

Duke estrechó su mano.

—Siendo amigo de Harry, lo es mío, *monsieur* Denis.

—¿A dónde vas ahora, Oscar? —interrogó Harry.

—¡Psé! No tengo rumbo fijo.

—Vamos. Tengo ahí mi coche. ¿Nos acompañas?

Accedió Oscar. Faulkner y su amigo francés le guiaron hasta el «Oldsmobile» color verde oscuro, propiedad del primero.

—¿Tienes predilección por algún lugar determinado? —preguntó Harry, acomodándose al volante.

—Ninguna. Confío en ti como guía.

—En buenas manos se pone —sonrió Pierre Denis, sentándose en el compartimento posterior, junto a Duke.

—¡Oh, no crea que me pillaré de sorpresa! —repuso alegremente el periodista—. ¿Usted se imagina lo que es aguantar a Harry casi dos años seguidos?

Denis hizo un elocuente ademán.

—Dígamelo a mí —suspiró—. Hace uno que soy su socio.

El coche arrancó, *boulevard* abajo, en dirección a la Plaza de la Concordia.

Mientras los cines, teatros y clubs nocturnos desfilaban, como estelas luminosas, a ambos lados del automóvil, Harry hablaba, sin apartar los ojos del camino.

—¿Y qué haces ahora en París, Oscar?

—El «Morning New-Yorker» me envió de corresponsal. No veo el interés de mi colaboración en Europa, hoy en día.

—¿Cómo puedes decir eso, amigo mío? —se asombró Harry—. El interés del mundo entero se centra en Europa.

—Tonterías, Harry —gruñó Duke—. Todo eso son palabras de la Prensa.

—¿No cree en el peligro de una invasión, señor Duke? —preguntó ahora Denis, mirándole fijamente.

—Claro que sí. Pero no es nada inminente. Haría falta contar de pronto con alguna arma nueva, algo que superase toda la potencialidad bélica actual. ¿Cree que eso es posible?

—¿Es imposible, acaso? —El tono del francés era apaciguador—. Cualquiera potencia puede, en la actualidad, ganar la partida a sus contrarios. Es una carrera, *monsieur* Duke. ¿Quién la ganará? El que disponga de más fuerza agresora.

—Es posible que tenga usted razón —aceptó Oscar, no muy convencido.

Harry Faulkner giró el volante al doblar por el Puente la Concordia y entrar en el Arrabal de Saint Germain, por el *boulevard* del mismo nombre.

—No discutas con Denis de esas cosas. Oscar —dijo Harry, jovialmente—. Él es un técnico en armas modernas y energía atómica.

—¿Sí? —Enarcó Duke las cejas—. Creí que sólo era tu socio.

—Y lo soy —explicó Denis—, pero aparte de colaborar en las ediciones de Harry, trabajo de asesor de física nuclear en varias entidades científicas de París. Aunque eso no significa que haya de darme usted a mí la razón —acabó, riendo—. Ustedes, los periodistas, conocen mejor que nosotros la situación internacional.

—Oye, Harry, ¿a dónde diablos nos llevas, si puede saberse?

Faulkner soltó una carcajada.

—Te diré, puritano amigo, que deseo mostrarte nuestros rincones de diversión.

—¿Saint Germain des Prés? —sonrió Oscar.

—En efecto. Ya verás cómo...

—¡Cuidado, Harry! —gritó desesperadamente Denis, con el rostro transfigurado por el horror.

También Duke miró ante sí, y sintió que se le erizaban los cabellos. Faulkner no podía hacer nada. De la Rue Bellchasse surgió un gigantesco camión repentinamente, abalanzándose como una inmensa mole sobre el «Oldsmobile», al cual embistió con espantoso ruido de metal desgarrado y vidrios rotos.

Cristina Janot abandonó a las diez y media de la noche el apartado restaurante de la Avenida Henri-Martín, ya lindante con el Bosque de Bolonia.

A aquellas horas no transitaba mucha gente por allí, y la iluminación tampoco era muy abundante. Ella conocía a la perfección Chaillot, Autenil y Passy, aquel distrito parisino conocido como el decimosexto. Las calles, viejas y solitarias, tenían para Cristina un encanto indefinible. Le parecía estar en el pasado de París, en los tiempos en que Balzac residía en aquella pobre y mísera casona del Quai de Paisey, no muy lejos de las mismas calles que ella estaba recorriendo ahora. Y aunque una mujer como Cristina Janot, en sus actuales circunstancias, estaba mucho mejor dedicándose sólo a pensar en lo práctico, a veces dejaba escapar libremente su viva imaginación.

El camino se le hizo más corto con esas ideas, y de pronto se encontró ante el «metro» de la Plaza Trocadero, en los límites de Passy con Chaillot.

La reunión en el «Deux Portes» de Henri-Martín, no había sido todo lo complicada que ella suponía. Durante la cena, su interlocutor le habló claro y tajante:

—Cuidado con los descuidos, *mademoiselle* Janot —había dicho—. Su cita para mañana noche, en su habitación del «Ambassador», puede no ser tan secreta como usted y yo suponemos. Se sabe que llega Hummel, procedente de la Alemania Occidental. La Prensa de la noche habla ya de su llegada. Ignoro de qué medios se valdrá Hummel para entrevistarse con usted, pero sean cuales sean, habrá de realizarse con muchísima habilidad para burlar la vigilancia constante de tantos enemigos.

Cristina sabía que todo eso era cierto. Ella misma era estrechamente vigilada, y lo fue hasta llegar a la Place de L'Etoile

aquella misma noche. Allí, gracias a una hábil maniobra, burló al

hombrecillo de traje gris y sombrero redondo que le siguiera desde el «metro» de la Ópera.

Ahora iba confiada, al entrar en la estación subterránea de la Plaza Trocadero. Nadie podía suponerla en aquellos barrios. Con una sonrisa de tranquilidad, observó que en el andén sólo había dos chicas muy pintarrajeadas, y un hombre de vieja indumentaria portando un cesto de trabajador.

Pasó el tren y lo tomó, ocupando el único asiento que había libre, a favor de la dirección.

Al llegar a la Plaza de la Ópera descendió, dirigiéndose luego al «Hotel Ambassador».

Un reloj dio las once y cuarto, Cristina entró en el hotel y se acercó a la conserjería.

—Deme mi llave, por favor —pidió—. Número 323.

Mientras el conserje de noche iba a por ella, se acercaron dos individuos morenos y parlanchines. Su jerga resultaba incomprensible para ella. Se preguntó qué idioma sería aquél. Ambos parecían muy animados y uno de ellos tenía una sorprendente voz pastosa.

Volvió el hombre con la llave. Al mismo tiempo, uno de los dos individuos se dirigió a él.

—Mi llave, por favor —reclamó—. Es el 328.

Cristina le observó con curiosidad. Era un tipo sugestivo y arrogante, pensó para sí.

—¿Es usted *monsieur* Stapoulos? —preguntó el conserje ahora.

—Sí —dijo el otro—. Esteban Stapoulos. ¿Ocurre algo?

—Llegó un telegrama para usted, *monsieur*.

Y con la mano le alargó un papel azulado.

Cristina subió en el ascensor, pensando en los dos hombres. Eran griegos. Y, sin embargo, uno de ellos, Stapoulos, había hablado un francés tan correcto y académico como su propio idioma. Esto podía no tener importancia, pero Cristina Janot daba importancia a todo lo que sucedía a su alrededor.

¿Sería *realmente* un griego aquel joven alto y moreno, de rostro enjuto y atractivo?

CAPÍTULO III

LA COLEGA DEL «HERALD»

Cuando el camión embistió salvajemente al «Oldsmobile» y continuó después su marcha vertiginosa, sin pararse a conocer el resultado de su ataque, ya sabía Oscar Duke que la colisión no había sido fortuita. Al ver surgir la inmensa mole por la calle de Bellchasa, tuvo la suficiente presencia de ánimo para abrir la portezuela y lanzarse al exterior, justo en el instante en que, abordado por su gigantesco agresor, el automóvil de Faulkner brincaba en el aire con un escalofriante ruido de metal y vidrios destrozados.

El cuerpo del reportero, lanzado sobre la línea de árboles del Boulevard Saint Germain, rodó por el asfalto hecho un ovillo, lo más lejos posible del punto donde el coche se estrelló, tras dos impresionantes vueltas de campana.

Allí permaneció unos momentos inmóvil, recuperándose del aturdimiento natural, mientras el camión se perdía de vista por el Boulevard Raspail, acelerando la marcha, y un grupo de transeúntes, cada vez más numeroso, se acercaba al lugar de la catástrofe.

Al incorporarse trabajosamente, se dio cuenta de que cojeaba. La pierna derecha le dolía de un modo agudísimo, el pantalón estaba rasgado hasta la rodilla y manchado de rojo.

Como pudo, corrió al abatido «Oldsmobile», y ayudó a extraer los cuerpos inertes de Faulkner y Pierre Denis. El joven francés, aunque cubierto el rostro de sangre, aún respiraba.

Sin embargo, el jovial y delicioso Harry Faulkner, uno de los más conocidos editores de París, estaba muerto.

Después de la primera cura de urgencia practicada en el lóbrego

dispensario de la Rue de Bac, Oscar Duke abandonó, cojeando, el edificio saturado de olor a desinfectantes. Salió a la calle, sombríamente pensativo.

Un accidente... que *no era* accidente... Faulkner, muerto. Denis, gravemente herido, aunque con posibilidades de salvación. Y él, Oscar Duke, ileso a excepción de la leve herida en la pierna. ¿Habían tratado de matarle *a él*? Era indudable. Ni Denis ni el bueno de Harry podían tener un enemigo tan despiadado.

Eso sólo podía significar una cosa: sus adversarios *sabían* que no era el inocente corresponsal de Prensa que aparentaba ser. ¿*Quién* averiguó la verdad?

Hubiera deseado saber de dónde procedía el golpe. Pero eso, en las actuales circunstancias, era casi imposible. París se había convertido en un avispero. Y cuando Hans Hummel llegase...

Un taxi le dejó de nuevo en el «Ambassador». Subió directamente a su alcoba, en el cuarto piso. Habitación 432. Cerró con llave una vez dentro, aseguró la puerta corriendo el pestillo, echó las cortinas del ventanal, y ya más tranquilo, dio la luz.

No había señal alguna de que hubiese entrado nadie en su habitación. Volvió a meditar sobre la extraña circunstancia de que su misión se hubiese descubierto. No imaginaba *cómo* pudo ocurrir.

Estaba tan abstraído, que el timbre del teléfono casi le sobresaltó. Miró su reloj al acercarse al auricular, Las dos y media de la mañana. Lo alzó de la horquilla.

—¡Diga! —preguntó, secamente.

»—¿Es el señor Duke? —habló una voz femenina al otro extremo del hilo.

—Exacto. ¿Y usted?

»—Soy compatriota y colega suya, Duke —continuo ella, precipitadamente—. Le llamo para un informe importante.

—¿Suele dar sus informes a estas horas... y a un reportero rival?

»—Por favor, no me venga ahora con burlas ni suspicacias. Si le digo *quién soy*, tal vez varíe de modo de pensar.

—Dígalo, entonces.

—¡Oh, sigue usted tan incorregible como siempre! —se desesperó ella—. ¿Se acuerda de Phillys Markham?

—¡Del «Herald»!

»—Del “Herald” —Hubo alivio en la voz de la muchacha—.

Resido en el «Regina», entre Saint Honoré y Rivoli. ¿Lo conoce?

—Sí. ¿Pero qué diablos hace usted en París, y...?

»—Déjeme acabar, Duke. No voy a explicárselo ahora. Sólo quiero decirle una cosa: estoy terriblemente asustada.

—¿Asustada?

»—Me siguen, Duke. He llegado hoy a París y sé que me están siguiendo dos hombres *todo* el día.

—¿Dónde está ahora, Phillys?

»—En el Café de París. Me he metido en él, y no me atrevo a salir. Esos individuos están en la calle aún. ¡Oh, Duke, haga algo! Sólo a usted conozco en toda esta maldita ciudad.

—Bien, bien. Allá voy, querida colega —sonrió Duke, formulando la pregunta que le intrigaba—: ¿Cómo me localizó?

»—Por Talbot, mi director, sabía que estaba usted aquí desde anteayer. Estoy llamando a todos los hoteles del centro, en su busca. Ésta es la sexta llamada que hice y salió bien.

—De acuerdo, lince. Hasta ahora y no se mueva.

Colgó. Podía ser una trampa. La historia de Phillys Markham no resultaba demasiado convincente. Su voz parecía legítima, pero en un teléfono se finge bien.

Pero Duke pensó, muy sensatamente, que si en realidad le habían identificado como agente especial americano, tanto valía meterse ahora en jaleos como al día siguiente, pues en tal caso abundarían las celadas y más ingeniosas que aquélla. En realidad, no creía capaz a ninguno de sus enemigos de tenderle una trampa tan burda.

Tomó de su maletín una automática de modelo «Luger», la guardó en el bolsillo, y se lanzó a la extraña cita con su colega de Nueva York.

Oscar Duke descendió del taxímetro que le dejó ante el Café de París, en la Avenue de l'Opera,

casi desierto a aquella hora. Abonó el importe de la carrera, y aún desde la acera opuesta, examinó el establecimiento.

No había nadie en la terraza, y desde su punto de observación, sólo pudo distinguir a una muchacha pelirroja, sentada no lejos del ventanal. Era Phillys Markham, en persona. Al menos hasta ahora,

todo resultaba cierto.

Cruzó la calle con la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana, palpando serenamente el frío metal de la «Luger».

Ya en la puerta del Café, se detuvo unos instantes, oteando la sala casi vacía. Había seis personas: Phillys, un viejo que leía el periódico, una pareja muy embelesada en su charla... y dos hombres de aire indiferente, que parecían hablar con despreocupación absoluta.

Duke apretó las mandíbulas con energía, cruzó el local con paso firme y fue a sentarse junto a Phillys, la cual le veía llegar con el mismo gesto que pondría un condenado al ver aparecer su indulto.

—Buenas noches, Phillys —sonrió Duke, acomodándose junto a ella.

—Duke... es usted maravilloso —susurró la joven corresponsal del «Saturday Herald»—. Creí que iba a tomar a broma mi llamada.

—¿Pensó que no vendría?

—Eso es.

—Aún no me conoce bien, pequeña.

Duke sonrió duramente y clavó la vista en los dos hombres.

Éstos no parecían mirarles a ellos, pero captó un gesto sombrío en ambos, como de viva contrariedad. Phillys siguió la dirección de su mirada.

—Ésos son, Duke.

—Lo suponía —la sonrisa del periodista se amplió, hasta cobrar toda la increíble combatividad que el joven llevaba dentro de sí. Después, se volvió a ella—. Phillys, dígame, ¿qué ha hecho usted para que vayan tras sus pasos?

Los ojos castaños de la muchacha se redondearon tanto como su bonita boca, al poner un vivo gesto de estupor.

—¿Qué dice? Yo sólo he venido a París a cumplir mi tarea informativa. ¿Cree que voy a meterme en líos?

—Pero dese cuenta, Phillys, de que esto no tiene sentido, entonces. Nadie sigue a una chica de no ser con ciertas intenciones. Y esos tipos no parecen de tal clase. Hay en ellos algo... *siniestro*, y perdone mi truculencia.

Phillys se estremeció.

—Yo también he notado eso mismo. Parecen... asesinos o espías.

—Espías... —Duke meditó—. ¿No estará mezclada en asuntos internacionales?

—No sea idiota, Duke. ¿Tengo yo aspecto de ser una Mata-Hari?

No, no. Tiene una imaginación novelesca, querido colega. El espionaje es asunto de hombres.

Duke rió huecamente.

—No esté tan segura de eso —y añadió al ver su mirada perpleja—: ¿Fue, acaso, a la Embajada hoy?

—Sí. Nada más llegar. A partir de ahí comencé a sentirme vigilada.

Duke empezó a comprender. Había algún informe en París. Un informe concreto sobre *un periodista yanqui, enviado como agente especial*. Él no fue a la Embajada, pero Phillys sí, y ahora creían que era *ella* el enviado del Gobierno americano. No dejaba de tener gracia el error, aunque ello significase al mismo tiempo algo muy grave: *alguien* en París tenía contacto directo con el Pentágono o la Casa Blanca. *Sabían* que había un periodista que no era tal. Y el terreno quedaba reducido a dos nombres: Phillys Markham y Oscar Duke.

Tomando una súbita decisión, puso un billete en la mesa y tomó a su colega del brazo.

—Vamos, Phillys —anunció, secamente.

—¿Qué intenta, Duke?

—Salir de aquí *ahora mismo*.

Cruzaron el café con paso lento, alcanzando la calle. Una vez allí, Duke miró en torno. No se veía ni un taxi, ni siquiera vehículo alguno. La Avenue de l'Opera,

desierta y silenciosa, era tan buen lugar como otro cualquiera, para una súbita agresión.

—Sigamos, Phillys —ordenó Duke, con tono incisivo—. No se detenga.

Ambos se alejaron del Café de París, sin abandonar la acera, a paso ágil. Un leve ruido a sus espaldas, confirmó al corresponsal del «Morning» en la idea de que los dos hombres iban en busca suya.

Sintió un estremecimiento en el brazo de su compañera, y la ciñó con mayor firmeza.

—¡Eh, oigan ustedes! —gritó tras ellos una voz recia y potente—. ¿Es suyo esto?

Duke giró rápidamente. Vio el brillo de algo metálico en las manos de uno de sus seguidores.

Con asombrosa agilidad, empujó contra la pared a Phillys, al tiempo que él se dejaba caer de rodillas. Con ruido sibilante, un cuchillo pasó sobre su cabeza, arrancando destellos a su hoja la cruda luz de las farolas.



Con asombrosa agilidad, empujó contra la pared a Phyllis, al tiempo que se dejaba caer de rodillas...

Entretanto, el otro individuo venía a todo correr, esgrimiendo una pesada cachiporra. Duke sonrió ferozmente. Aquellos tipos no deseaban hacer ruido. Y por Dios que no se saldrían con la suya.

Su mano apareció armada de la «Luger». Oyó el chillido horrorizado de la joven periodista, poco avezada a tales

exhibiciones.

El que arrojara el puñal, clavó los ojos en el arma y gritó una ronca advertencia a su compañero. Pero el de la cachiporra no pudo detenerse ya. Con su contundente objeto en vilo, se precipitaba sobre Duke.

Éste alzó el brazo, apretando sin misericordia alguna el gatillo de la «Luger». Una tremenda detonación retumbó en la calle vacía, al tiempo que la bala atravesaba la garganta al agresor.

El hombre de la cachiporra se tambaleó, y su cuerpo rodó por el asfalto.

Su compañero, horrorizado, hizo acción de retroceder y huir. Pero Duke, como cualquier agente secreto en misión especial, tenía un código despiadado, que no admitía vacilaciones. Apuntó a las piernas del fugitivo y oprimió por dos veces el gatillo de su pistola.

Con un brinco espasmódico, lanzando un aullido tremendo, el segundo atacante se dobló sobre sí mismo, cayendo al suelo. Allí empezó a gemir y a retorcerse de dolor, con las dos piernas alcanzadas por la mortífera puntería del enviado especial norteamericano.

A lo lejos, se oyeron silbatos de la *gendarmerie*. A las puertas de los cafés aún abiertos, asomaron curiosos noctámbulos. Duke guardó su «Luger» en el bolsillo, tomó por un brazo a la aterrorizada Phillys, cuyo color lívido denotaba su aguda crisis nerviosa, confirmada por continuos estremecimientos, y corrió con ella a una calleja adyacente, donde había un taxi libre, como envío de la Providencia.

—Al «Hotel Ambassador», amigo —indicó al taxista.

—¿Qué ha ocurrido por ahí? —preguntó el chofer—. He oído tiros.

—Algo horrible, créame. Un tipo acaba de matar a dos hombres en la Avenida. Vamos pronto.

El taxi arrancó sin aguardar a más, y Duke respiró tranquilo. No deseaba tener que dar explicaciones a las autoridades francesas. No *todavía*, al menos.

Luego, volvió su preocupación totalmente a Phillys. Se daría por satisfecho si llegaba al «Ambassador» sin desmayarse.

—Vivo en el «Regina» —susurró ella, débilmente.

—Ya lo sé. Pero esta noche se alojará en mi hotel. No voy a

dejarla sola por ahí.

Ella sonrió... y después perdió el conocimiento.

CAPÍTULO IV

HANS HUMMEL

Unas horas antes, aquella misma noche, Cristina Janot había entrado en su alcoba del «Ambassador» con la mente llena de recelos acerca de cierto griego cuya persona no dejaba de serle sospechosa, guiada por un extraño instinto.

La expresión preocupada de la bella belga, cambió totalmente al mirar hacia la mesa de libros no estaban éstos como ella los dejó. Se acercó y los examinó con calma, sonriendo finalmente. Buscaban algo, y quién fuese, se limitó a removerlos, sin idea preconcebida alguna.

Se dirigió directamente al cuarto de baño, y aún pareció más satisfecha al ver revuelto el contenido del depósito de papeles. El rollo sobrante de cinta adhesiva estaba ahora en el suelo.

Alzó la mirada hacia el recipiente del agua. Se subió en el borde de la bañera, y tanteó el lugar donde fijara el rollo de microfilm.

Estaba vacío.

Con una amplia sonrisa divertida, descendió y se dirigió hacia el lecho. Todo iba bien hasta entonces. Y faltaban unas horas para que Hans Hummel llegase a París...

Cristina se levantó muy tarde al día siguiente. Cuando descendió al comedor, después del baño y un prolongado aseo, el reloj marcaba la una y media.

Su mirada, de un modo mecánico, puramente instintivo, fue a la mesa de los dos griegos. Estaba vacía, y se veían aún restos de fruta en los platos. Sus dos sospechosos habían comido muy pronto.

Después, giró la vista hacia la mesa del ventanal Allí estaba el rubio e interesante periodista americano. Pero no estaba solo. A su

mesa se sentaba un rollizo individuo de cabellos raros, color panocha, vestido con las negras ropas de sacerdote protestante.

Cristina ocupó su mesa, sin prestar la menor atención a un nuevo vecino que comía solitariamente en una mesita arrinconada. Tal vez porque el tipo no era agradable. Su rostro aceitunado y severo, sus redondos lentes negros, que velaban los ojos, y la fea nariz halconada, le daban, aparte de su amplio *aba* gris y su *fez*, un aire maligno, repulsivo, de ave de rapiña.

Si Cristina hubiese visto su nombre en el registro del hotel, hubiera leído:

«Hussein Baska. Escultor. Procedente del Líbano».

Pero ella no se preocupó del antipático libanés, mientras que Oscar Duke, pese a su poco sugestivo compañero de mesa, no apartaba de él los ojos.

—Un feo tipo, ¿verdad?

Oscar se sobresaltó ante la inesperada pregunta del pastor protestante. Apartó los ojos del tipo del *fez*, y los fijó con curiosidad en el rostro sanote y sencillo.

—Sí. No me gustaría verle por un pasillo oscuro a altas horas de la noche —sonrió el periodista.

El pastor aprobó con la cabeza.

—Es lamentable por él, ¿no cree? Uno no tiene la culpa del rostro que la Naturaleza proporciona.

Duke desconfiaba por sistema, en casos como aquél, de los compañeros de mesa demasiado sociables. Pero un pastor es algo distinto. Y más aún con aquel aire benigno y campechano.

—Lo comprendo, pero los demás tampoco la tenemos, ¿no?

Y ambos hombres rieron alegremente.

—Es libanés —explicó el sacerdote—. Hemos llegado juntos en el mismo avión, esta mañana. Y apenas habló con nadie. La azafata me confesó que era «un tipo odioso». Protestó enérgicamente contra varias cosas y llamó estúpido al personal de la compañía aérea.

—¿Viene usted del Líbano? —El interés de Duke era puramente profesional.

—No, no. Ahora procedo de Atenas y él también tomó allí el avión, aunque tal vez viniese de su país.

El pastor hablaba un inglés delicioso, con cierto acento

germánico, muy leve. Duke le miró con agrado.

—Habla muy bien el inglés.

—¡Oh, sí! Estuve algunos años en Londres y Birmingham — confesó, sencillamente—. Me sirvió para perfeccionar el idioma. ¿Usted es americano?

—¿No se nota? —rió Duke.

—¿Turista, acaso?

—No. Estoy aquí cumpliendo mi deber. Soy periodista y me enviaron de corresponsal. Me llamo Duke, Oscar Duke.

—¿El célebre Duke de las crónicas del 43?

—Eso es —se admiró el periodista—. No creí ser tan famoso.

—Leí muchos reportajes suyos. Y puedo asegurarle que muchos los leían también. Me llamo Walter Horst y pertenezco a la parroquia de un pueblo bávaro. Pero me interesé siempre por la política.

—Hizo mal —sonrió Duke—. La política es un asco. Sólo sirve para fastidiar al mundo y vender las ediciones de los diarios, cuando alguna celebridad mundial dice cualquier cosa agresiva.

—Tiene ideas muy peregrinas en ese aspecto, señor Duke —sonrió el pastor—. Un periodista debe adorar, ante todo, su profesión y la política.

—Yo aborrezco ambas cosas, padre.

De pronto, el silencio más impresionante se extendió por el comedor. En lugar de las voces de los comensales, retumbó ahora un tremendo estampido, que hizo temblar toda la sala, y derribó bastantes objetos de cristal, haciéndoles añicos.

Cundió el terror y la inquietud. Cristina Janot, lívida, se incorporó dando un chillido. Los demás se quedaron sin saber qué hacer, y Oscar Duke, sin aguardar a más, salió disparado de su mesa, lanzándose escaleras arriba, de donde procedía una infernal barahúnda de gritos, carreras e imprecaciones.

Subió por las escaleras hasta el segundo piso. Detrás de él, más alejados, corrían en la misma dirección empleados del hotel y viajeros alarmados.

El periodista se lanzó pasillo adelante en la segunda planta, al localizar una espesa humareda que lo inundaba todo.

Cuando iba a llegar al recodo del pasillo, ante el que se agolpaban rostros curiosos o asustados, un hombretón le frenó

enérgicamente.

—¿A dónde va? —preguntó, agresivo.

Duke le miró con acritud.

—Soy periodista y huésped del hotel. Necesito saber qué sucede —le espetó.

—Perdone, señor —el otro era respetuoso pero firme—. Ha sido una explosión y no debe seguir adelante.

—¿Pero dónde?

—En el cuarto 239. Y el huésped estaba *dentro*.

—¿Una bomba?

El detective vaciló, encogiéndose de hombros.

—No sé, señor. Tal vez.

—¿Quién ocupaba esa habitación?

Ahora habló una doncella, de traje azul y rostro blanco como el papel.

—Un... un señor alemán, que llegó hoy —tartajeó, asustada—. Un tal profesor Hummel, o algo así.

A espaldas de Oscar Duke, resonó una voz suave y cordial.

—¡*Dios mío*, Hans Hummel en persona!

Se volvió Duke. Era el padre Horst, su compañero de mesa.

—Eso parece, padre. ¿Le conocía?

—Claro. Era compatriota mío, y un gran hombre en el terreno de la Física nuclear. Dios se apiade de su alma.

Duke volvió abajo, pensativo. Hans Hummel, eliminado. Eso significaba un serio golpe. ¿Quién puso allí la bomba que tenía que eliminar al célebre físico alemán? ¿Y por qué éste no tomó las debidas precauciones?

Sin el menor deseo de seguir comiendo, alcanzó el vestíbulo del hotel. Quiso telefonear a Phillys Markham, que ya volviera al «Regina», para darle la noticia, pero la explosión había afectado las líneas telefónicas y no se podía comunicar. Además, hasta que llegase la policía, nadie podía abandonar el hotel bajo ningún pretexto.

Cristina Janot le abordó, en un aceptable inglés.

—Perdón, *monsieur*. ¿Qué ha sucedido en realidad?

Duke la miró fijamente.

—Parece ser que hubo un atentado. Una bomba o algo así,

manizelle.

—Pero ¿dónde?

—Cuarto 239, profesor Hans Hummel...

La vio palidecer tan intensamente como en el momento de oírse la explosión.

—¡Hummel! —La voz de la joven tembló un poco—. ¡Dios mío!

Oscar Duke la miró con mayor interés.

—Todos aquí parecen conocer a ese sabio alemán, ¿eh? —comentó, con frivolidad—. ¿Qué clase de juego se traen ustedes?

—Un juego terrible, *monsieur*. Ya ha visto...

Y se dejó caer en una butaca del vestíbulo. El reportero lo hizo frente a ella.

—Sí, ya he visto. Pero ¿qué significa en realidad?

Cristina le observó desmayadamente.

—Usted no lo entendería. Además, los periodistas acostumbran a querer curiosear demasiado.

—¡Ajá! Bonito concepto tiene de nosotros. Dígame, ¿qué relación tenía usted con el profesor Hummel?

—Vine a París a verle a él, *monsieur*. ¿Comprende ahora mi impresión?

—A medias. ¿Qué clase de asuntos puede tener en común una encantadora jovencita con el famoso físico alemán a quién acaban de asesinar?

—Esta *encantadora jovencita*, *Monsieur* Duke, pertenece a la Comisión de Estudios Nucleares de Bruselas y tenía que tratar asuntos técnicos con el profesor Hummel, como director del Centro de Investigaciones Atómicas de Munster.

—¿Átomos en Alemania? —Duke sonrió.

—Claro. ¿Y usted, periodista norteamericano, ignora que acaban de establecer un Centro Investigador en Munster?

—Esa ciudad pertenece a la Zona británica de Alemania, señorita. ¿Cree que los ingleses nos cuentan todo lo que hacen?

—Deberían hacerlo, si son aliados.

—No sea ingenua —Duke movió la cabeza—. Una eminencia científica como usted, debería saber más de esas cosas.

—¡No soy ninguna eminencia! —Cristina se puso en pie, irritada—. No me gusta que me llamen así, y ni siquiera sé por qué le dije todo eso.

—Porque dentro de unos minutos tendrá que decírselo a la policía francesa, y no debe ni siquiera soñar en que podrá ocultarles algo. Hummel era demasiado importante... y acaso sus secretos *también* lo fuesen, ¿no cree?

—Sus secretos no me importan, ni podrán ya importar a nadie —manifestó ella, belicosamente— puesto que se los llevó consigo a la tumba.

—¿Está segura? —ironizó el periodista.

Furiosa, Cristina Janot se alejó por el amplio vestíbulo con un taconeo que hizo sonreír a Duke. Y al mismo tiempo que sonreía, expresó un pensamiento en voz alta:

—Chica hábil. Sabe que todo se va a descubrir y se anticipa ella, tirando de su propia manta —suspiró con fatiga—. ¡Cielos! ¿Es que todo el hotel está mezclado en este lío?

En aquel momento, un pelotón de gendarmes, agentes de paisano y demás personal policiaco, irrumpió en el «Ambassador». Al frente del pequeño ejército, un hombre bajo y grueso, de abultados labios, rostro saludable y ojillos escrutadores, parecía acaudillarlos.

Con su amplio abrigo negro y su curioso hongo de igual color, hizo que Oscar Duke pensase automáticamente en el «comisario Maigret» de las novelas de Simenón.

El jefe de los recién llegados se detuvo ante la gerencia.

—Soy el comisario Ambert, de la «Sûreté» —mostró sus credenciales—. Deploro que este hotel haya sido elegido por los asesinos del profesor Hummel, así como las molestias que causaré a los señores aquí residentes. Pero comprenderán todos que es inevitable.

Lo dijo en voz lo suficientemente alta para que lo oyesen todos los presentes en el vestíbulo. Duke meditó acerca de la diplomacia del comisario Ambert, por quien experimentó una cierta simpatía.

CAPÍTULO V

PIERRE DENIS

No duraron mucho las pesquisas del comisario, ni tampoco fueron muy brillantes los resultados obtenidos. Cualquier huésped del hotel pudo poner el artefacto explosivo en la habitación 239, y si alguien había allí con tales propósitos, no iba a ser fácil localizarle.

Cuando le tocó el turno a Oscar Duke, entró en las oficinas de la Dirección del hotel, donde Ambert había improvisado su cuartel general.

—Siéntese, *monsieur* —indicó amablemente el comisario—. ¿Habla francés?

—Sí.

—¿Es usted... —Echó una mirada a una lista de nombres que iba marcando con un lápiz rojo— es usted Oscar Duke, de nacionalidad norteamericana, enviado especial del «Morning New Yorker»?

—En efecto.

—¿Cuándo llegó a París?

—El sábado, en el avión de la noche.

—¿Conocía usted a Hans Hummel?

—No le vi en mi vida, ni siquiera hoy en el hotel. Por la Prensa sabía que llegaba a París, pero la primera noticia que tuve de su presencia fue la de que ocupaba la habitación destruida.

—¿No se ocupa usted nunca en sus artículos de los asuntos relativos a la energía atómica?

—A veces. Pero se ha hablado tanto de todo eso, que me da dolor de estómago escribirlo.

Los ojos perspicaces del comisario Ambert le examinaron con molesta fijeza. Luego, entrelazó los dedos en forma de pirámide

sobre la mesa, y habló con calma:

—¿Conoce a Pierre Denis?

—¿Denis? —Oscar enarcó las cejas con extrañeza—. Pues, sí. Pero... ¿a qué viene eso ahora?

—Usted iba anoche con él y el difunto *monsieur* Faulkner, en el «Oldsmobile» embestido por un camión en el Arrabal de Saint Germain, si el informe de mi Departamento no está equivocado.

—En efecto. Yo mismo fui asistido en el dispensario a dónde llevaron a *monsieur* Denis en grave estado. Cuando salí de allí, él fue trasladado a una clínica particular.

—Eso es —Ambert sonrió—. No me dirá que París no le reserva emociones, ¿eh?

—Veo que sobran a todas horas. Pero ¿qué tiene que ver Pierre Denis con Hans Hummel o conmigo?

—Con Hummel, mucho. Con usted... no lo sé aún. ¿Hace mucho que le conocía?

—Nos presentaron anoche mismo, unos minutos antes de ocurrir el accidente.

—¿Quién les presentó?

—Faulkner. Era un viejo amigo mío.

—Es una pena que Faulkner no pueda confirmarla.

—¿Duda de mí?

—No, no. ¿Y no le resultó sorprendente que ocurriese aquella extraña colisión, yendo en el automóvil una personalidad en asuntos de Física nuclear?

—¡Oh, yo no creí nunca que fuese por...!

Duke se interrumpió a tiempo. Pero ya Ambert le miraba como un ave de presa.

—¿Qué es lo que creyó, *monsieur* Duke? ¿Qué iban por Faulkner? ¿O por usted?

—No le entiendo, sinceramente —eludió el periodista.

—¿Qué ha venido a hacer aquí en realidad, amigo mío? ¿Qué le trajo a París?

Duke encajó duramente las mandíbulas. Miró agresivo al comisario.

—Escribir. Pero veo que, entre todos, no van a dejarme.

—Bien, bien, perdóneme. Nada más, *monsieur*. Puede retirarse.

—¿Ya?

Duke se extrañó. Pero se incorporó, disponiéndose a salir.

—¡Un momento! —llamó el comisario, como si olvidase algo—. ¿Vio usted anoche a *mademoiselle* Markham, una colega y compatriota suya?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Dónde la vio?

—En el Café de París.

—Eso es todo. Gracias.

No era todo. Duke le miró con ira.

—Dos preguntas, comisario.

—Diga.

—¿Por qué quiere saber eso *ahora*?

—Porque muy cerca de allí, un desconocido que se dio a la fuga con una joven que responde a la descripción de Phillys Markham, repelió una agresión, matando a un hombre e hiriendo a otro. Por si le interesa, sepa que ambos agresores están fichados en la «Sûreté» como peligrosos asesinos a sueldo, mezclados últimamente en ciertos asuntos de espionaje. ¿La otra pregunta, *monsieur*?

Duke casi sonrió ante el gesto irónico de Ambert.

—¿*Quién es*, exactamente, Pierre Denis?

—Una personalidad en el terreno de la experimentación atómica y antiguo colaborador de Hans Hummel en ciertos trabajos nucleares realizados para el Gobierno británico. ¿Es bastante?

—Sí, gracias.

Y Duke abandonó la Dirección, sumido en un turbulento mar de confusiones.

El comisario Ambert era aún más inteligente de lo que parecía, y por añadidura un hombre terriblemente metódico en la acumulación de datos. No tendría nada de extraño que, por iniciativa suya, tomase cartas en el asunto el «Deuxième Bureau» francés.

Oscar trató de recordar el nombre de la clínica particular a dónde fue enviado Pierre Denis. Súbitamente, la figura gris del joven francés adquiriría un insospechado relieve. Su contacto con el asesinado profesor Hummel y los asuntos atómicos, era demasiado cercano. Aunque el propio Denis, deliberadamente, trató de quitar importancia a su personalidad durante el trayecto en automóvil, la noche antes, que tan trágicamente tenía que concluir.

Ahora veía claros el periodista, los auténticos motivos del ataque de Saint Germain. No era él la persona designada para morir, ni quizá tampoco el inocente Faulkner. *Era Denis.*

Y ahora, en aquella clínica, posiblemente corría su vida un grave riesgo. Un segundo intento podía tener éxito y...

—¡El hospital Valmy! —Casi exclamó entre dientes, con súbita claridad.

Sí, habían llevado a Denis a cierto hospital de San Martín.

—¿Qué le ocurre a Valmy? —preguntó una traviesa voz, a su lado.

Giró con sobresalto, encontrándose con la mismísima Phillys Markham, que empuñaba decididamente un bloc de notas y un lápiz automático, con sonrisa maliciosa.

—¡Phillys! ¿Qué diablos hace usted aquí otra vez? —Se enfadó Oscar Duke.

—¡Ah! —Ella guiñó un ojo con un estilo más parisiense que neoyorquino—. La Prensa está en todas partes... aunque haya colegas reservones.

—¡Oh, Phillys, no sabe lo que dice! Nadie podía usar el teléfono ni salir al exterior, después de...

—Entendido. Pero yo tengo mis fuentes de información. ¿Liquidaron al profesor alemán?

—Sí. Todo París debe saberlo a estas horas. No presuma tanto, lince.

—Bueno. Pero yo estoy aquí y lograré mi información. ¿Es simpático el comisario encargado de esto?

—Mucho. Y muy listo. Ocúltele que estuvo durmiendo anoche en este hotel y creará que usted puso la bomba.

Phillys se echó a reír.

—¿Por qué no se lo dijo usted?

—Porque no me lo preguntó —dijo Duke, secamente—. Y manténgase apartada de esto, o empezará a ver salir perseguidores con cuchillos hasta de la sopa.

Ella tuvo un estremecimiento.

—No me recuerde aquello. Fue terrible.

—¿Quiere un consejo, Phillys? No lo recuerde usted sobre todo delante del comisario Ambert. Tomó buena nota del suceso de la Avenida de la Ópera y lo asoció conmigo. Mientras no lo asocie con

usted, todo irá bien. ¿Estamos?

Phillys, riendo, hizo un saludo militar.

—Sí, jefe —bromeó—. ¿Va a ayudarme en mi plan de operaciones?

Duke examinó a la linda y osada pelirroja, diciéndose que él la ayudaría en muchas cosas, pero no precisamente en un plan de operaciones. Sin embargo, no exteriorizó tales pensamientos, sino que, dando media vuelta, masculló con aspereza:

—Lo lamento, señorita, pero hay cosas más urgentes que atender.

Y se dirigió a la salida, dejando a su linda colega con un delicioso gesto de contrariedad.

El hospital Valmy era un moderno edificio de sólidas líneas y aspecto agradable, con largas hileras de vidrieras opacas a lo largo de su fachada principal.

Situado en el Quai de Valmy, en el barrio de San Martín, no era propiamente lo que la gente suele entender por hospital, sino una clínica de dirección privada, a menos de trescientos metros del Hospital San Martín.

Frente al edificio, protegido por un jardincillo y una alta verja, corrían las aguas limpias y jubilosas del canal, con sus puentecillos arqueados, que a Duke le recordaban siempre los paisajes pintados en las lacas japonesas.

Le recibió el doctor François, subdirector del establecimiento, en una sala blanca y alegre, que olía a éter y yodo.

—¿Corresponsal americano? —sonrió el afable médico de pelo canoso, examinando sus credenciales con ojos tranquilos, tras los gruesos cristales de sus gafas—. ¿Y se interesa por el estado de *monsieur* Pierre Denis?

—Exactamente. ¿Experimentó alguna mejoría?

—En estos casos, *monsieur* Duke, no acostumbramos a dar informes a nuestros visitantes. Pero teniendo en cuenta que usted iba en el mismo coche que él al ocurrir la colisión, excepcionalmente satisfaré su curiosidad.

—Gracias, doctor —dijo el periodista.

—El estado de *monsieur* Denis es satisfactorio, y creó que en breve estará ya fuera de todo peligro.

—Lo celebro —suspiró Duke, con sincero alivio—. ¿Recobró ya el conocimiento?

El doctor François movió la cabeza en leve afirmación.

—Esta mañana volvió en sí de su *shock*, y pudo decir algunas frases, aunque con voz débil.

—¿Qué frases?

El médico expresó, con un gesto, su extrañeza.

—Las normales. Pidió agua... Preguntó por usted y por su amigo Faulkner. Le ocultamos aún la verdad, claro está. Hay que evitarle las emociones.

—Óigame, doctor François —la voz de Oscar se hizo persuasiva—. ¿No podría hablar con él ahora, aunque sólo fuese un momento?

—¿Hablar?

—Es muy importante. Ese hombre tiene cosas que decir. Cosas que urge saber.

—No le comprendo, *monsieur*.

—Sería muy largo de explicar. ¿Oyó hablar alguna vez de Hans Hummel, el físico alemán?

—Claro. Es una notabilidad en Física nuclear.

—*Era*. Hoy le asesinaron en el hotel donde se alojaba.

—*Mon Dieu!* —El doctor François le miró con horror—. ¡Hummel asesinado!

—Por algo que *también* sabe Denis. ¿Se da cuenta?

—Algo. ¿Y usted pretende hablar con él de esas cosas?

—Eso es.

El médico movió negativamente la cabeza.

—Me temo que no sea posible. Eso podría alterarle y agravar su estado. No le dejamos hablar con nadie. Nuestro jefe de personal, el doctor Moreau, cuida de mantenerle aislado de posibles visitas.

—¿Quiere decir que hay siempre alguien a su lado?

—Exacto —el doctor miró una hoja de control, informando—: En estos momentos, la enfermera Annette está sentada junto a su lecho. Dentro de una hora será relevada por otra. Y así todo el día.

—Eso me tranquiliza, doctor —Duke se puso en pie—. Le agradecería que en cuanto le vea fuera de peligro me avise.

—Así lo haré, no se preocupe.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —ordenó el doctor.

Asomó una enfermera alta y espigada, de ojos muy azules.

—Bien, doctor, ya... —empezó a decir.

—¡Enfermera Annette! —rugió el subdirector—. ¿Cómo ha dejado solo al paciente del número treinta y siete?

—Pero, doctor, yo... dejé el puesto a la otra enfermera que envió usted hace un momento.

—¡Yo no envié a nadie! —Fue la frase rotunda del médico.

Oscar Duke les miró exaltadísimo, brillantes sus pupilas y salió corriendo del despacho. El doctor François y Annette se unieron a él como disparados por una catapulta.

—¡Dios mío, *monsieur* Duke, espero que no sea verdad lo que sospecha! —jadeó el médico, precediéndoles a todo correr por un largo pasillo saturado de olor a desinfectantes.

Oscar Duke no se hacía ilusiones. Temía que hubiesen asestado el sospechado golpe sobre la indefensa persona de Pierre Denis, el hombre que conocía el secreto de Hans Hummel.

El doctor François alcanzó finalmente una puerta abierta de par en par.

—*Mon Dieu!* —gritó con voz ronca, penetrando en la habitación.

Duke llegó casi inmediatamente, y ni siquiera necesitó trasponer el umbral para advertir el desastre.

El suelo, de alegres baldosas blancas y azules, estaba salpicado de vidrios y medicamentos caídos de la mesilla. En la cama, revueltas las sábanas, yacía el que fuera Pierre Denis.

El desdichado joven aún se estremecía en los estertores de una agonía breve, con el rostro tan ensangrentado como el embozo de la cama. Alguien le había golpeado, brutal e implacablemente, hasta deshacerle el cráneo.

Duke no prestó la menor atención a los lamentos del doctor François ni a los gimoteos histéricos de la enfermera Annette. Por el contrario, corrió al lecho y trató de reanimar al agonizante, convencido de la inutilidad de tal acción. Tras él, el médico cerró la puerta apresuradamente.

—¡Pierre, Pierre! —gritó Duke, con un tono de emoción—. Soy yo, Duke, su amigo... El amigo de Harry.

De aquella masa informe y sanguinolenta, brotó un jadeo horroroso. Muy pálido, Duke insistió:

—¡Pierre, por el amor de Dios! Se trata de continuar su tarea. Hábleme, Pierre, soy su amigo.

Volvió a latir la vida, una vida escasa y débil en aquello que fuera un rostro noble, lleno de cordialidad y simpatía. Duke captó su estremecimiento bajo la pulpa deforme a que lo redujera la mano homicida. Pero no llegó a sus oídos palabra alguna. Los labios, espumeantes de sangre, se movieron en forma inaudible.

A espaldas de ellos, como una fría nota en la trágica escena, sonó la voz serena del doctor François al teléfono.

—¿Departamento de Policía? Aquí la clínica Valmy. Acaban de asesinar a un paciente. Sí, a *monsieur* Pierre Denis.

El médico seguía hablando. Pero el periodista no le escuchaba. Con el oído pegado casi al rostro destrozado, trataba de escuchar algo más que el ronco y espantoso estertor del agonizante.

—¡Hable, Pierre! ¿No ve que se muere? Vamos, diga algo. No se lleve el secreto a la tumba.

Notó ahora un agitado temblor en los labios hinchados y violáceos. Pegó más el oído, en un supremo esfuerzo. El doctor François colgó el teléfono y Annette cesó en sus gemidos. Un silencio mortal se hizo en la estancia. Y entre el jadeo agónico, llegó a oídos de Duke un susurro debilísimo, casi incomprensible:

—*Irina... Margot... Coba...*

—¡Pierre, por favor, hable, siga!

—*Irina... Mar... Mar...*

No continuó. La escasa vida se extinguió en aquel desdichado, y no llegó a repetir completas sus extrañas palabras. El doctor François se aproximó y miró gravemente el cuerpo inmóvil.

—Ya no hay nada que hacer, *monsieur* —dijo, en tono sordo—. Ha muerto.

Oscar se apartó de la cama, fruncido el ceño. Miró a Annette.

—¿Dice que la substituyeron, *mademoiselle*? —preguntó.

Annette parecía a punto de llorar nuevamente.

—Sí, señor. Yo no podía saberlo... ¿Cómo iba a esperar...?

—Claro, claro —la tranquilizó el periodista—. No se apure. Nadie la culpará de lo ocurrido. Dígame, Annette, ¿cómo era la enfermera que la substituyó?

—No la vi bien, *monsieur*. Comprenda, se presentó en la alcoba con las persianas corridas y sólo oí su voz claramente. Era una voz

dulce, suave, como podría tenerla cualquier compañera de la clínica. No tuve ocasión de sospechar nada.

—¿Qué le dijo, exactamente?

—Algo así como: «Ya puede bajar, compañera. El doctor François ha dicho que la releve yo hasta las siete. ¿Sigue bien el enfermo?». Le dije que sí, y vi cómo ella consultaba el cuadro de temperatura y le tomaba después el pulso. Lo hizo con eficiencia, tan natural y segura como yo misma podría hacerlo. Sin dudar, la dejé a solas con él. ¡Oh, es horroroso! ¡Si yo hubiese sabido...!

—Calma, calma. Nadie podía prever una cosa así.

Reinó el silencio. Se oía ajeteo por toda la clínica. El doctor François clavó gravemente sus ojos en el rostro del periodista.

—Ya han notado que ocurre algo anormal. Creo que la policía no tardará en llegar.

—Supongo que será inútil buscar a la impostora.

—Supone bien —asintió el médico—. Esta ala del edificio da directamente a las salidas de emergencia y a los garajes. Es lo más fácil del mundo huir de aquí, sobre todo siendo mujer y llevando el uniforme de enfermera.

—Claro. Eso lo sabían ellos —meditó Duke, en voz alta.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, *monsieur*?

—Aún no lo sé, doctor.

—¿No logró arrancar alguna palabra al pobre *monsieur* Denis?

Duke miró con frío cálculo al doctor. No podía fiarse de nadie. Así que denegó con la cabeza.

—No, doctor, ni una sola palabra —mintió, serenamente.

CAPÍTULO VI

IRINA... MARGOT...

—*Irina... Margot... Coba...*

Tres palabras incoherentes y absurdas. Tres palabras que podían ser la clave de todo el asunto. O podían no ser más que el delirio de un moribundo. Tal vez ni siquiera dijo eso, y la imaginación suya creyó percibir esas extrañas sílabas entre los estertores del agonizante Denis.

Aquella vez, el comisario Ambert empezó a mirar sospechosamente a Duke, y no ocultó sus recelos. Antes de dejarle salir del Hospital Valmy, tras un minucioso interrogatorio, le había dicho:

—Mi querido amigo, que usted resida en el hotel donde a un célebre físico alemán le hacen volar con una bomba, lo encuentro simplemente casual e inocente por su parte. Pero que a las pocas horas llegue a tiempo de recoger el último suspiro de un hombre asesinado en otro distrito de París, y *cuya personalidad aparece ligada a la del anterior*, después de otro intento por eliminarle la noche antes, yendo en *su* compañía, comprenderá usted que no puede parecer ya tan casual e inocente. Hay muchas cosas en usted que me interesan profundamente y no podrá engañarme con su careta de periodista curioso. Tenga mucho cuidado, *monsieur* Duke, o se verá en un aprieto. Conmigo... o con otras personas menos consecuentes.

Había sido un discurso tan desprovisto de retórica, como lleno de sentido práctico y de elocuentes advertencias.

Ahora, mientras el veloz automóvil de alquiler le conducía al hotel, iba barajando todas esas ideas en su mente. Se acercaban

momentos de acción trepidante, y preveía los muchos peligros que iban acumulándose en torno suyo, como un muro cada vez más difícil de franquear. Pensaba en Faulkner, inocente víctima de toda aquella maquinación diabólica. En Hummel, cuyo cuerpo hízose mil pedazos en la voladura del cuarto 239. Y además, en el simpático Denis, cruelmente asesinado por una mujer que no tuvo el menor sentimiento misericordioso al golpear a un ser indefenso con el más horrendo salvajismo. De todos aquellos crímenes, éste era el peor y más indignante. Duke se prometió a sí mismo no tener la menor piedad si alguna vez tenía a su alcance a aquella mujer.

Ya en el hotel, se encerró en su cuarto y se puso a escribir un artículo para el «Morning New Yorker». En realidad, a la vez que crónica de los sucesos acaecidos, era un informe detallado de otras cosas más privadas y transcendentales, hábilmente disfrazadas bajo una clave tan simple como difícil de encontrar. Algunos párrafos inocentes de aquel artículo no aparecerían en las columnas del «Morning». Pasarían a las oficinas superiores del Departamento Federal de Washington, y de allí directamente al Pentágono, bajo la rotulación de «Información estrictamente confidencial de los Servicios Norteamericanos de Espionaje en la Zona Occidental de Europa». Y hasta que el asunto se perfilase de algún modo, figuraría en una carpeta titulada: «Operación París».

Que el asunto llevaba vías de perfilarse en un futuro próximo, lo demostró la casual circunstancia que tuvo lugar aquella noche.

A las ocho y media, Ambert telefoneó a Duke, de un modo puramente extraoficial.

—Oiga, *monsieur* —dijo la voz suave del astuto comisario—. La dama que penetró en el hospital Valmy disfrazada de enfermera, ha desaparecido sin dejar rastro. A las cinco y cuarto de esta tarde, el chofer de una ambulancia vio salir a una enfermera por la puerta de uno de los garajes que ocupan el ala posterior del edificio. Dice que no vio su rostro, pero le gustó su tipo y la siguió con la mirada hasta que ella se perdió de vista por uno de los puentes del Canal de San Martín, y al parecer, tomó por el Quai de Jemmares, hacia el Boulevard de la Villette. Es cuanto hemos sabido. Las pesquisas no han dado resultado alguna, ni creo que lo den. Carecemos de una descripción de esa falsa enfermera. Así que usted, como amigo del desdichado Pierre Denis, creo que debe saber todo esto.

—Gracias, comisario.

Y con un gesto sombrío, colgó Duke el receptor. Pensaba en dos de las palabras dichas por el moribundo:

«Irina... Margot...».

¿Dos mujeres? ¿Alguna de ellas se ocultó bajo el uniforme blanco y golpeó a su víctima? Todo era posible.

Bajó a cenar con la cabeza llena de ideas disparatadas. El padre Horst, aquel saludable y risueño hombrecillo de las regiones bávaras, estaba ya atacando los entremeses con envidiable apetito. La joven belga, Cristina Janot, comía silenciosamente en su mesa, y exhibía, una vez más, con descuido involuntario, sus lindas piernas. Era una de las cosas gratas de aquel comedor, pensó Duke, evitando poner sus ojos en el repulsivo libanés de las gafas oscuras o en los dos griegos locuaces y molestos. Por un instante, una duda cruzó su mente: ¿Quién, de todos aquellos personajes, era *realmente*, lo que aparentaba ser?

—¿Preocupado, *herr* Duke?

La voz amable del pastor germano, hizo sonreír al corresponsal. Se estaba dejando ganar por su imaginación y eso era malo en un hombre encargado de algo tan serio y trascendental para el mundo como podía ser aquel asunto.

—Sí, padre. Muy preocupado. Un hombre muy allegado a Hans Hummel y amigo mío, por añadidura, fue asesinado hoy en una clínica de San Martín.

Los ojos del sacerdote le miraron con sorpresa.

—¿Otro asesinato?

—Eso es. Pierre Denis, una personalidad en Física nuclear.

—¿Denis? —El cura meditó, y acabó encogiéndose de hombros —. No le oí nombrar jamás.

Comieron en silencio. Al fin, Duke se despidió cortésmente del sacerdote y salió al vestíbulo. Allí le detuvo una voz femenina a sus espaldas:

—*Monsieur* Duke...

Se volvió, y admitió que era una grata sorpresa hallarse ante Cristina Janot, cuyos ojos relucían con un brillo tentador.

—*Mademoiselle* —se inclinó cortésmente.

—Perdone que le moleste, pero ¿tiene algún sitio fijo donde ir esta noche?

Duke hubiese imaginado una deshonesta intención en esa pregunta de ser otra mujer quien la hiciese. Pero el rostro apacible y armonioso de la joven belga alejaba toda idea tortuosa.

—Pues... no me tracé plan alguno para pasar la noche, si alude a eso.

Ella pareció darse cuenta de lo indelicado de su pregunta y enrojació de modo adorable.

—Bueno, no lo interprete mal... Quise decir...

—Por Dios, *mademoiselle*, me ofende al pensar una cosa así. Jamás pensaría nada malo de usted.

Cristina sonrió.

—Gracias. Es que hasta las... las doce, tengo el tiempo libre y quisiera conocer un poco los viejos rincones del París alegre. ¿Me acompaña?

Oscar Duke señaló la puerta.

—Soy suyo por completo, «Eminencia» —sonrió.

Ella frunció el ceño, a punto de enfadarse. Al fin, miró el rostro alegre del americano, se echó a reír y se cogió a su brazo.

—Andando, Tío Sam —se burló Cristina—. Tenemos tres horas para divertirnos juntos.

—Con usted al lado, me parecerán tres segundos.

Y Oscar no se burlaba ahora.

A las once salieron del tercer local que visitaban en el barrio de Saint Germain: el «Tabou». La Rue Dauphine estaba tentadoramente solitaria y oscura. Ambos jóvenes llevaban unas cuantas copas de exceso sobre el nivel prudencial.

En un charco de la calzada, Cristina Janot resbaló, perdió el equilibrio y fue a parar contra el muro de otro local nocturno pésimamente alumbrado con un neón azul. Por sujetarla, Duke fue a encontrarse justamente sobre ella, con el brazo derecho pasado por sus hombros, el izquierdo apoyado en la pared y los rostros muy cerca.

Se besaron.

Al apartar los labios, Duke se había olvidado de París, de Hummel y de todo lo habido y por haber. Cristina respiraba fatigosamente, con los ojos entrecerrados y brillantes.

—Perdone —balbuceó Duke.

—¡Tonto! —rió ella, agudamente—. Me gustas mucho.

A Duke también le gustaba ella horrores. Así que se lo demostró con un nuevo beso.

—Bueno, bueno —jadeó—. Ya veo que también yo te gusto.

Duke iba a decírselo con toda su elocuencia, cuando el maldito neón azul, con sus parpadeos intermitentes, le distrajo. Leyó el rótulo de un modo mecánico:

«CHEZ MARGOT».

Y debajo había otro titular, éste en un fluorescente rojizo, tan espectral y molesto como el otro:

«Hoy, la sensacional IRINA».

¡Margot! ¡Irina!

La cabeza se le despejó con increíble prontitud. Miró a Cristina, ya olvidado de su momento de debilidad.

—Tengo sed, Cristina. ¿Entramos?

—*¡Oh, mon cherrie!* Bésame.

Tuvo que besarla, ahora sin ninguna convicción. Aquellas letras fluorescentes le tenían fascinado. *Podían* ser las últimas palabras de Denis. Lo eran, sin duda alguna.

Cogidos de la mano, como dos novios o recién casados, entraron en «Chez Margot». Se cruzaba una puerta baja y estrecha, se descendía una escalera de muchos tramos, angosta y maloliente, hasta alcanzar un sótano donde el olor empeoraba a causa del humo, el alcohol y el sudor.

De todas las cuevas existencialistas de París, aquélla era, sin duda alguna, la más repugnante.

—¿Te gusta esto, Oscar? —preguntó ella, disgustada.

—Es asqueroso, cariño —gruñó el periodista.

—Entonces, ¿por qué no nos vamos?

—Espera un poco aún.

Oteó el infierno de humo, risas y voces, enmarcado entre muros húmedos, llenos de pinturas pornográficas, y vio con alivio una mesa vacía en un lejano rincón.

—Ven, vamos allá.

Cruzaron entre una masa de bailarines que danzaban un *slow*

lánguido y somnoliento, con cadencias sensuales. Las parejas se ceñían endiabladamente. Los rostros, pálidos o congestionados, no reflejaban nada bueno.

Por fin alcanzaron el oasis de relativa paz que suponía aquella mesa. Oscar vio el desagrado en el rostro de su bella acompañante.

—¿Teníamos que venir aquí? —preguntó la joven.

—Quisiste conocer los sitios del París alegre, recuerda.

—¿*Esto* es alegre? —ironizó ella, silenciando a Oscar, que no supo qué decir.

Un camarero se aproximó.

—Dos *whiskys*, amigo. Uno con *seltz* —mandó Duke, añadiendo luego—: ¿Ha actuado ya Irina?

El camarero sonrió, picaresco.

—¡Oh, no! Ella es el plato fuerte. Dentro de unos minutos hará su primer número.

Se alejó, y una vez solos los dos, Cristina le miró interrogante.

—¿Conoces a esa tal Irina, Oscar?

—No lo sé aún. Conocí a una Irina en Holanda, hace cuatro años. Tal vez no sea la misma.

No era la misma, desde luego. Y que ella constituía el «plato fuerte», como dijo el camarero, era algo fuera de toda duda.

Antes de salir se hizo el oscuro. Un foco blanco iluminó un ángulo de la sala, horadando a duras penas la masa de humo.

Tras una columna, mientras la orquesta iniciaba una extraña melodía, mezcla del trópico y de Oriente, apareció Irina, vestida con un ligero atavío. En el denso silencio que se hizo, cantó una letra bastante audaz, en un francés pastoso y grave.

Cristina hizo un gesto de asco.

—Es vergonzoso, Oscar.

—De acuerdo —asintió él—. Ahora no mires, por favor.

Duke estudiaba a aquella descocada beldad con toda calma y sangre fría. A él no le impresionaba en exceso el espectáculo. Ni tampoco a los concurrentes de «Chez Margot», habituados, por lo visto, a tales cosas.

Duke fijó su atención ahora en uno de los impasibles espectadores de la pista. En el mismo a quién Irina parecía dedicar su canción. Ocupaba una mesa al borde de la pista, y no apartaba los ojos de ella. El periodista le reconoció inmediatamente: era el

griego del «Hotel Ambassador».

Irina acabó su canción e hizo mutis entre una salva de aplausos. Cristina miró nuevamente y Oscar preguntó, en voz baja:

—Dime, ¿conoces a aquel individuo de la última mesa de pista?

La joven miró con disimulo. Luego, asintió.

—Es *monsieur* Stapoulos, el griego del hotel, ¿no lo recuerdas?

—Quería estar seguro —sonrió Duke, levantándose—. ¿Me permites un momento?

—¿A dónde vas? —Se intrigó ella.

—Es sólo unos minutos, Cristina. Voy a expresar mi admiración a la bella Irina.

CAPÍTULO VII

«¡COBALTO!»

El corredor por donde la artista hiciera mutis, era largo y angosto, de paredes rezumantes de humedad. Falsos candiles, que eran en realidad lámparas eléctricas, ponían inquietantes sombras en el tenebroso pasillo.

Oscar Duke se internó por él, sin que nadie le molestase, en busca del camerino de la bella mujer. Vio dos puertas abiertas, y en el interior de los cuartos pudo distinguir a una pareja de esqueléticos acróbatas en uno y a tres opulentas mujeres en el otro.

Preguntó a las mujeres:

—*Pardon, mademoiselles. Ou est la chambre du Mademoisette Irina?*

— *lá*

C'est

! —señaló una al final del corredor.

—*Merci* —Duke continuó su camino, y vio una puerta con una deslucida estrella de purpurina y un cartón escrito a mano:

«IRINA. VEDETTE».

Golpeó la madera.

—¿Quién es? —La voz de la mujer vino del otro lado.

—Un periodista —respondió Duke—. Es para un reportaje de «Paris Match».

—Entre. La puerta está abierta.

El americano entró en un camerino pequeño y ordenado, algo más grato que el resto del local. Ante un tocador flanqueado de bombillas blancas, Irina se anudaba una larga bata de un azul

brillante, algo molesto.

Sus ojos, rasgados y profundos, se fijaron sin vacilaciones en los agudos del joven periodista.

—¿Nuevo redactor en el «París Match»? —dijo ella, en tono extrañamente suave—. Antes era Garçon.

—¡Oh, Garçon! —Duke sonrió con desparpajo—. Está indispueto y me envió a mí.

Los ojos de la bella extranjera se tornaron helados.

—No conozco a ningún Garçon en el «Match». Está usted mintiendo.

—Bueno, sólo a medias —Duke dio unos pasos por la habitación, fingiendo no ver la frialdad de ella—. Soy periodista... pero americano. Del «Morning New Yorker».

—¿Quién me garantiza que eso es cierto? —desafió ella.

Oscar mostró su tarjeta profesional. Irina la examinó y luego miró con igual frialdad a Duke.

—Sigo sin ver el motivo de su visita —manifestó—. No creo que en América interese una artista que actúa en «Chez Margot».

—Interesa... en cierto modo.

Duke se sentó sin ser invitado, lo cual aumentó la hostilidad de la bella.

—Márchese o avisaré a los empleados. No deseo hablar con desconocidos.

—No soy un desconocido. Me llamo Oscar Duke, y soy periodista. ¿Qué más desea saber?

—Nada más. Váyase.

Duke asintió.

—Está bien. Si insiste... —Fue a la puerta con paso calmoso. Antes se volvió un instante y disparó la pregunta a quemarropa—: ¿Quiere algún encargo para su amigo Pierre Denis?

Por un brevísimo instante, una luz singular cruzó los ojos oblicuos de la mujer, para al momento tornar a su rostro la misma inexpresividad helada de antes.

—¿Denis ha dicho? No le conozco.

—¿Ni a *monsieur* Stapoulos tampoco? —contraatacó Oscar, fulminante.

—Le he dicho que se vaya...

—Pierre Denis, Stapoulos, Hans Hummel... ¿No conoce a nadie,

amiga mía? —aventuró un golpe al azar—. El «Deuxième Bureau» opina otra cosa.

En aquel momento, se abrió la puerta a espaldas de Duke. Éste giró con rapidez y vio en la puerta a Esteban Stapoulos, el griego de la mesa de pista. Empuñaba una «Luger», provista de silenciador, y encañonó directamente a Irina.

—¡Apártese! —gritó a Duke, al tiempo que hacía fuego sobre la desprevénida mujer.

Pero ya el reportero, en uno de sus veloces e intuitivos reflejos, habíase lanzado como una pelota de goma contra el hombre armado, desviando el proyectil que se clavó en la pared tras una detonación inaudible a poca distancia.

Cayó con todo su peso sobre Stapoulos, que no por ese embate dejó caer su «Luger», aunque se cayó él de espaldas al suelo del corredor, con el cuerpo de Duke encima.

—¡Maldito! —jadeó el agresor, furioso, debatiéndose bajo el periodista—. Apártese de esto, o...

Siguió la acción a la palabra, y alzando su mano armada, logró alcanzar a Duke en la mandíbula con el cañón silenciador de la pistola.

El joven se sintió desfallecer al impacto doloroso, pero reaccionó duramente descargando un golpe de canto con su mano abierta, sobre el cuello del griego, el cual lanzó un ronco graznido, casi cortada su respiración.

Sin embargo, también él era duro y encajó bien el golpe, replicando con un violento disparo de sus dos piernas contraídas.

Proyectado contra la pared, Oscar recibió un seco impacto en el cráneo y cayó de rodillas, aturdido.

Stapoulos, furioso, aprovechó para levantarse y correr a rematar su acción con un rodillazo brutal en la mandíbula de Duke, que cayó al suelo con un gemido. Vio venirle encima el zapato del griego y en un desesperado intento alzó las manos, asiendo el pie, y tiró con furia, derribando a su adversario, que esta vez perdió el arma, al ser cogido por sorpresa.

En un instante de lucidez, alejando con un poderoso esfuerzo de voluntad el aturdimiento que le invadía, Oscar descargó ambos puños en el rostro del griego. Éste encajó el ataque e inclinó la cabeza para replicar. Fulminante, Duke disparó su pierna,

alcanzando con la punta del zapato la mandíbula de su enemigo. Éste aulló de dolor y, sin misericordia alguna, Duke remató su labor con un *crochet* que dio fin a la breve y salvaje lucha.

Sacudiendo la cabeza para apartar los últimos vapores de inconsciencia, el enviado especial norteamericano volvió al camerino.

Irina había desaparecido.

Duke sabía que ella no salió del cuarto por el corredor, puesto que, aun en plena lucha, se hubiese apercebido. Así, pues, el camerino *tenía otra salida*.

Olvidando al griego, de cuya nacionalidad no estaba ya tan seguro, el periodista se dedicó a buscar la posible puerta oculta.

No resultó ser ninguna salida secreta, sino una simple puerta de emergencia, escondida tras unos cortinajes. Al otro lado, una escalerilla ascendía muy empinada. Duke se aventuró por ella cautelosamente. Contó veintitantos tramos antes de alcanzar el final. Entonces, se encontró en el exterior. Una calleja estrecha y mal alumbrada, a espaldas de la Rue Dauphine. Y ni rastro de la bella Irina por parte alguna.

Era inútil continuar la búsqueda, por lo que Duke volvió al camerino apresuradamente. Si algo de interés había en «Chez Margot», tenía que estar en el cuarto de Irina.

Una vez allí, introdujo a rastras el pesado cuerpo del griego, y después cerró la puerta con el pestillo. Efectuó un concienzudo registro en los bolsillos del desvanecido, encontrando documentación y papeles de negocios a nombre de un tal Esteban Stapoulos, de Creta; pero nada de ello le convenció. Aquella documentación era toda demasiado nueva, denotando un uso escaso. Y en el llavero que encontró en un bolsillo del pantalón, unas letras diminutas grabadas en el metal, le dieron la clave:



Introdujo a rastras el pesado cuerpo del griego...

«Stareka. Belgrado».

¡Yugoeslavo! Un yugoeslavo, fingiéndose griego, intentó asesinar a Irina. ¿Por qué? Para Oscar Duke empezaba a tomar todo una forma. Sólo le faltaban ciertos detalles. El paradero del capitán

Arnold Adams, del «Intelligence Service», por ejemplo...

Examinó el tocador de Irina, los cajones y compartimentos, uno a uno; apartó trajes y más trajes, que probablemente la mujer no usó jamás en un escenario.

¡Nada!

Se quedó unos segundos inmóvil en el centro de la estancia, perplejo y pensativo. ¿Qué otro sitio podía haber?

Llevado de un súbito presentimiento, vació las polveras sin encontrar tampoco nada de interés. Luego deshizo barras de colorete y azul, con el mismo resultado negativo.

En el tubo de maquillaje encontró lo que buscaba. Una vez desgarrado el tubo, de entre el pastoso ingrediente color tostado salió un rollo de materia plástica, del tamaño de un papel de fumar y no más consistente.

Lo desenrolló con dedos nerviosos. Estaba escrito en caracteres kroslavos, a mano. Duke sabía algo de ese idioma, pero no lo bastante para traducir aquel diminuto mensaje. Sólo pudo leer el encabezamiento, y entonces recordó con fulgurante clarividencia la última palabra de Pierre Denis.

«Coba», dijo incomprensiblemente el moribundo.

Y allí había una sola palabra, que aclaraba el misterio: «Cobalto».

Guardó el rollo de tejido plástico en el interior de su lápiz automático, y salió del camerino apresuradamente, dejando allí al inerte Stapoulos.

Cuando llegó a la mesa del salón de espectáculos, le aguardaba una sorpresa. Cristina Janot había desaparecido, y en la cartulina de la lista de consumiciones había puesto con su barra de *rouge*:

«Querido Oscar:

»Te retrasas, y a las doce tengo una cita importante.

Perdona y hasta mañana.

»C».

Oscar, contrariado, salió de «Chez Margot», llena su cabeza con una idea fija: *Cobalto... Cobalto...* ¿Sería la clave de todo? ¿Y qué era el cobalto, a fin de cuentas?

La Rue Dauphine seguía solitaria. Duke, reflexionando, anduvo unos pasos, hasta que asomó un taxi libre por una esquina. Duke lo

llamó.

—Al «Ambassador» —dijo al chofer, penetrando en el vehículo.

Simultáneamente, percibió un débil perfume que le resultó vagamente familiar. Trató de asociarlo con algo, pero en el mismo momento, de las sombras del coche surgió una mano enguantada que asestó un rudo culatazo, con una pesada automática, en la sien derecha del periodista.

Duke, con un gemido, se hundió en un tenebrosa remolino que lo engulló, sumiendo su mente y sus ideas en un vacío absoluto...

—¿Qué es exactamente el cobalto, profesor?

Cristina Janot lanzó la curiosa pregunta al hombre que, sentado en un ángulo oscuro de la habitación en sombras, había hablado un segundo antes de aquel curioso metal.

Tras una pausa, la voz habló reposadamente, desde las profundidades de la butaca:

—Un metal extraordinariamente radioactivo. No voy a hablarle de sus peculiaridades más conocidas, que usted ya sabrá, como es lógico. Usted sabe que forma grupo con el hierro y el níquel, que funde a los 1500 grados y hierve a los 2900. De dureza y blancura superiores al níquel, sus compuestos son, por lo general, de carácter tóxico.

—Sabía todo eso, profesor Hummel —sonrió Cristina—. Hábleme de su relación con nuestra labor.

—A ello voy —Hans Hummel, el sabio que oficialmente fuera asesinado aquel día por la acción de una bomba, prosiguió calmosamente su descripción—: El cobalto posee una radioactividad intensísima, de prolongada duración. Sometido a un bombardeo neutrónico, se transforma en su isótopo 60. Ese isótopo tiene una radioactividad que puede durar varios años, y sus emanaciones son *beta* y *gamma*, ambas peligrosísimas.

—Empiezo a imaginar algo...

—Por mucho que imagine, mi querida Cristina, nunca podrá alcanzar lo que sería en la realidad una explosión atómica con el cobalto. Supóngase una bomba de hidrógeno, con su tremenda fuerza destructiva, encerrada en una envoltura de cobalto. Supóngase lo que ocurriría cuando esa espesa capa metálica, bajo el efecto de la explosión, se desintegrara, originando una radiación de

partículas, saturadas de rayos *beta* y *gamma*, en una dispersión constante y continuada por más de tres o cuatro años. La intoxicación de la atmósfera, de las aguas y tierras, con el aniquilamiento total e inexorable de todo vestigio de vida animal o vegetal, sería la consecuencia inmediata de esa arma de dos filos que, para todo el orbe, supone la bomba de cobalto.

—¡Horrible, profesor! —Se estremeció ella.

—Sí, ésa es la palabra: horrible. Sin embargo, es una carrera. Si nosotros no la fabricamos, serán ellos quienes lo hagan; ¿comprende?

—Sí. ¿Y entregó ya las fórmulas definitivas al Gobierno británico?

—Claro está —Hummel sonrió benignamente—. El capitán Adams ya las tiene consigo, y sé que entregó unas copias en la Embajada de su país. Las otras copias... han salido ya para Australia esta misma noche, custodiadas por el propio Adams.

—¿Pero dónde está Adams?

—¡Ah! Ése es un secreto que prometí no revelar a nadie. Ni siquiera a usted, Cristina...

—¿Así que la misión en París...?

—Terminó. A las siete de esta mañana saldremos hacia Australia nosotros también. Es un largo viaje, amiga mía. Volaremos sobre medio mundo: Roma, Atenas, El Cairo, Bombay, Colombo, Sumatra, y por fin Adelaida, en el sur de Australia.

—¿Tan pronto el viaje? ¡Oh, cuánto lo siento!

—¿Por qué? Urge aprovechar cada minuto, Cristina.

—Sí, pero ya no podré despedirme de ese muchacho, Duke.

—¿El americano?

Ella asintió.

—Salí con él esta noche, y tuve que dejarle en un local de Saint Germain, sin esperar que volviese a la mesa.

—¡Vaya, vaya! —Hans Hummel sonrió—. Va rápida, ¿eh?

—No, no, nada serio, profesor. Un simple *flirt*. La bella de «Chez Margot» debió de gustarle más que yo, por lo visto.

—¿«Chez Margot»? —Hummel se irguió súbitamente.

—Sí, un tugurio de la Rue Dauphine. Una tal Irina se desnuda allí. Duke fue a verla cuando acabó su número.

—Irina... Y ese periodista se interesó por ella, ¿eh? —El sabio

alemán frunció el ceño—. ¿Quieres saber una cosa? Esa mujer es Irina Kalveis, agente krolava. Y si nuestro conocido *herr* Duke va tras ella, creo que también éste nos engañó, y no es lo que parece.

—¿Quiere decir...?

—Que posiblemente Oscar Duke es el enviado de los servicios de información norteamericanos, amiga mía.

Y Hans Hummel, bajo su bonachona identidad del pastor protestante Walter Horst, sonrió con inteligencia.

CAPÍTULO VIII

ADELAIDA, AUSTRALIA

Oscar Duke, al volver al mundo, experimentó la curiosa sensación de que descendía directamente de los cielos, entre vaporosas brumas, y que de pronto, en lugar de seguir el camino, se detenía en las nubes y allí permanecía, flotando graciosamente, como un globo grotesco.

Sacudió su cabeza con energía, cosa de la que se arrepintió en el acto al notar en su interior algo parecido a la explosión de una carga de dinamita, que sembrase su cerebro de cascotes y metralla. Dijo algo feo entre dientes, con una voz extrañamente áspera y desconocida, y continuó con su sensación de flotar entre nubes.

Ahora le parecía sentir algo ronroneante que se acercaba hacia él. Era un avión, y pronto lo ensartaría entre sus alas, desinflándole como si en realidad fuese un globo. Tardó exactamente dos minutos en comprender que el avión era precisamente en donde él estaba, y que su balanceo en aquel mítico vacío, era el movimiento del aparato, en cuyo suelo yacía, boca arriba y muy bien ligado por cierto.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí y hacia dónde diablos volarían. Ahora incluso era capaz de recordar la lucha en el pasillo de «Chez Margot», la desaparición de Irina, el cobalto, la agresión dentro del taxi...

Ni siquiera sabía la hora que era. Pero por una ventanilla del avión se filtraba una débil luz solar, que acusaba el crepúsculo. ¿El crepúsculo de *qué día*? Ahora, aparte del horrible dolor de cabeza, notaba otro dolor muy peculiar en el brazo. Inyecciones. Le habían inyectado algo, posiblemente un narcótico, que prolongó indefinidamente su inconsciencia, después del culatazo recibido en

el coche de alquiler.

Advirtió también que estaba en mangas de camisa, ligado con fuertes correas... y, sin embargo, sudaba a causa del calor. Esto podía significar que se hallaban en latitudes muy distintas a la de París. También pensó con alarma en su lapicero automático, que guardaba en el bolsillo de la americana. ¿Habrían encontrado el rollo de plástico en su interior? ¿O quizá tiraron sus bártulos y, con ellos, el lapicero?

Cuando más vueltas daba a todas sus preocupaciones, se abrió la portezuela de la cabina donde él yacía, y apareció ante su vista un hombre desmesuradamente gordo y desmesuradamente risueño. Sus ojillos también parecían reír, perdidos entre pliegues de carne, y tenía el cabello castaño cortado en cepillo.

—¡Vaya, ya despertó nuestro viajero! —dijo el Buda riente, con un acento extranjero que no desfiguraba mucho su inglés.

—Sí, «Bola de Sebo» —gruñó Duke, volviendo a sorprenderse de su propia voz—. ¿Estoy en el Paraíso de Buda?

El otro no pareció enfadarse en absoluto.

—¡Vaya! Y tiene humor, además —comentó, casi complacido, añadiendo con ironía—. No anda muy lejos de ese paraíso. Por si le preocupa la geografía, sepa que volamos exactamente sobre el golfo de Manar.

¡El golfo de Manar! Duke casi volvió a desmayarse. Estaba ya habituado a oír cosas sorprendentes, y no se asustaba de disparate más o menos. Pero el golfo de Manar, si la geografía no miente, ha estado siempre entre la India y la isla de Ceilán, en pleno océano Índico, a unas siete mil millas de París. Aquello era demasiado.

—¿Lo dijo en serio, «Luna llena»? —graznó perplejo.

—Del todo, querido huésped —rió el hombre gordo.

—Y creo que, de no haber novedades, mañana llegaremos a Adelaida.

—¿Adelaida?

—En el sur de Australia, sí.

—¡Cielos, Australia! —Duke iba de asombro en asombro—. ¿Vamos a cazar canguros?

—Nuestra caza es mayor. Pero no creo que usted intervenga en ella... a no ser como pieza.

—No me gusta el papel —se mofó Duke, con una jovialidad que

estaba muy lejos de sentir.

A espaldas del orondo Buda asomó ahora un rostro mucho más bello, pero igualmente desagradable. Irina, la bella de «Chez Margot», vestía ahora un equipo de vuelo y le miraba desde la puerta de la cabina con ojos malévolos.

—¿Ya volvió en sí, Zadov? —preguntó suavemente.

—Y con un envidiable humor, Irina.

Así que ella se llamaba realmente Irina. Duke no se preocupó tanto de eso como del llamado Zadov. Él oyó hablar en Washington de un tal Fedor Zadov, jefe del Servicio Secreto kroslovo en Europa Y aquel Buda viviente, de ojillos risueños, era Zadov.

—¿Hablo con mi raptora de París tal vez? —preguntó el periodista, clavando en ella una mirada resentida—. Dio muy fuerte con la culata.

—No fui yo, exactamente, pero di orden de ello —sonrió con frialdad Irina—. Así que puede culparme sin ninguna duda. Dije que diesen fuerte.

—Y cumplieron a maravilla. Ahora dígame: ¿qué clase de pájaro creen que han cazado?

Irina replicó secamente:

—Al enviado especial del Gobierno americano, Oscar Duke, que fingía actuar de corresponsal en París. ¿Creyó que esto era un juego y nosotros unos ingenuos sin sentido? No, señor Duke, nos evaluó usted en muy poco. Tenemos su ficha completa. Labor de espionaje en Francia y en Alemania, después en Seúl al estallar la guerra de Corea... ¿Quiere más datos?

Duke se mordió los labios. Tenían una seguridad absoluta y una información exactísima. Optó por callarse.

—No podrán seguir adelante con el cobalto sus amigos, los ingleses —añadió ahora Zadov con dureza—. Tenemos todos los triunfos en la mano.

—¿Cobalto? —Duke fingió sentirse atónito—. ¿Qué demonios es eso?

—No se haga el ignorante, Duke.

—¡No sé nada de eso! —rugió el periodista—. Es la primera vez que oigo hablar del cobalto, al menos en relación con todo esto. Sé que es un metal y que...

—No vaya ahora a darnos clase de química, amigo —bufó Zadov

—. ¿De veras no sabe *nada*?

Irina puso una mano en su brazo.

—Vamos, Zadov. Es posible que lo ignore. Al fin y al cabo, eso carece de importancia. Volveremos más tarde, Duke.

Salieron de la cabina, dejando nuevamente solo al periodista. Éste se sumió en sus poco risueñas meditaciones y así transcurrió el tiempo hasta anochecer por completo.

Una de las veces notó, sin lugar a dudas, que el avión tomaba tierra, oyó ruidos y voces en el exterior, en un idioma que le era desconocido, y por el tiempo transcurrido desde que Zadov le comunicara que estaban volando sobre el golfo de Manar, supuso que habían aterrizado en Sumatra. Es decir, que hasta Australia aún les quedaban más de dos mil millas de vuelo.

Hastiado, Duke se puso a pensar en cosas agradables. En Cristina Janot, sobre todo. Recordó los besos en la soledad de la Rue Dauphine. Su precipitada ausencia de la mesa de «Chez Margot»... Deliciosa criatura aquella jovencita metida en las feas labores de la investigación nuclear.

A aquellas horas, los Servicios de Información estadounidenses tendrían noticias de su desaparición, pero nadie se iba a suponer que estaba en Asia, volando ya sobre las Indias Orientales. Si al llegar al continente australiano pudiese establecer contacto con las autoridades... Pero Zadov e Irina cuidarían de que eso no sucediera, en el caso más afortunado de que decidiesen conservarle vivo.

El avión reanudó pronto su vuelo, tras una detención que posiblemente emplearon en repostar combustible.

Vencido por el cansancio y el dolor, Duke se quedó nuevamente dormido.

Le despertó una suave sacudida. Irina estaba arrodillada junto a él, con una fuentecilla llena de conservas de carne, legumbres y fruta. En la otra mano llevaba una lata de cerveza, de marca inglesa. Previamente le habían quitado las ligaduras de los brazos.

—Vamos, tome algo —indicó la kroslava—. Estará desfallecido.

El periodista comprendió que no se arriesgaban lo más mínimo, al ver en la puerta a Fedor Zadov, con sus dedos gordezuelos en torno a la culata de una automática directamente encañonada hacia él.

En tales circunstancias, sólo podía acatar la sensata invitación de

Irina y dejarse de estúpidas heroicidades sin fin práctico alguno. Así que tomó las viandas y la cerveza, notando por vez primera el tremendo apetito que cosquilleaba en su estómago.

Adelaida se halla situada en el sudoeste de Australia, a 34.º 56' de latitud Sur y a 138.º 35' de longitud Este. Se halla frente a la península de Yorke, al otro lado del golfo de San Vicente.

El avión, cruzando el océano Índico y la zona oeste del continente, por encima del Gran Desierto Arenoso y rebasando la línea del trópico de Capricornio, se internó, en diagonal, hacia el sudoeste, volando sobre los lagos y la península de Eire, hasta tomar tierra en un aeropuerto particular, situado a escasas millas de la población en dirección a Murray Bridge.

Oscar Duke, con los ojos vendados, fue conducido entre Zadov y otro hombre a un automóvil que aguardaba, con el motor en marcha.

Arrancaron, y el periodista sintió que el vehículo circulaba sobre un suelo irregular, de baches continuados, por el que caminó durante unos diez minutos, hasta desembocar en lo que, probablemente, era carretera general, ya que el piso ahora tenía una superficie lisa que permitió desarrollar mayor velocidad.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó a Zadov.

—Ya lo verá —gruñó éste hoscamente.

—¿No se toman demasiadas molestias conmigo?

—Hay órdenes de no matarle, y a eso debe agradecer que aún se le moleste. Si no nos fuera usted necesario, hubiese sido eliminado en París.

Duke calló. Sospechaba ya algo así desde un principio. El código de los espías, sean de donde sean, es muy rígido. Siempre le sorprendió verse respetado y no sufrir ni siquiera malos tratos. ¿Qué se proponían hacer con él? No lo preguntó, porque sabía que no iban a responderle y, además, lógicamente no podía tardar en averiguarlo por sí mismo.

Oyó débilmente la voz de Irina, que iba, junto al chofer, instruir a éste:

—Entre por la calle de la fuente, Igor Es menos transitada.

Aunque continuó impassible, Oscar archivó la frase en su memoria. Tal vez fuese de utilidad en el futuro. Seguía con los ojos vendados; pero esa observación de Irina y el rumor de tráfico en

torno suyo le anunciaron que el automóvil había entrado ya en la ciudad.

—Parece una población algo ruidosa —observó con ironía.

—Adelaida es una de las ciudades cosmopolitas de Australia, ¿no lo sabía? —explicó Zadov.

—No. Y es deplorable hacer turismo con los ojos vendados.

—Lo siento, amigo. Pero esto también forma parte de las órdenes recibidas.

—Creí que era *usted* quién daba las órdenes, Zadov.

—En Europa, sí. Pero en Australia hay otro jefe.

—Y muy listo, por lo que deduzco, ¿eh?

—Entre nosotros, quien manda siempre es listo, Duke. Y si lo duda, ya lo verá más tarde.

Sí, Duke temía que Zadov tuviese razón. Algo maquiavélico se proponían hacer con él, aunque maldita la idea que tenía de ello. Y como eso bastaba para llenarle de preocupaciones, se encerró en un silencio absoluto, hasta que el automóvil se detuvo suavemente.

CAPÍTULO IX

SE CIERNE LA TEMPESTAD

Se habían acabado las contemplaciones y los buenos tratos.

El tercer bofetón cruzó la cara de Oscar Duke de lado a lado, haciendo oscilar rudamente su cabeza. De entre los labios contraídos, brotó un hilo de sangre que resbaló por la barbilla, goteando sobre su blanca camisa. El americano achicó las pupilas con ira.

—¡Hable! ¿Qué hizo del mensaje escrito en material plástico?

Duke miró al gigantesco Igor, que le acosaba con gesto brutal. Irina fumaba calmamente sentada en el borde de la mesa. Fedor Zadov estudiaba sus rollizos nudillos, como si fuese ajeno a todo.

—¿Va a hablar, estúpido? —Gruñó Igor, alzando de nuevo su mano.

Oscar, ligado como estaba a la silla, denegó con la cabeza. Un impacto bestial sacudió su cerebro al descargar el hombre su enorme diestra en la sien del reportero. Éste sintió náuseas y un dolor punzante en todo su cráneo, como si mil agujas de hielo lo horadasen, llegando a la masa encefálica. Pero apretó los labios ensangrentados, hasta rechinar los dientes, y se mantuvo en silencio.

—No sea tonto, Duke —habló Irina con frialdad—. Nos tendrá que decir eso, y además someterse a nuestros deseos. ¿No lo comprende? Es su única posibilidad de seguir viviendo... y de no sufrir torturas horribles.

Duke iba trazándose un plan. Miró con dureza a los tres agentes de Kroslavia.

—No hablaré. Hagan conmigo lo que les parezca, pero si esperan que complique en esto a otras personas...

Por quinta vez, Igor descargó un golpe salvaje, que abrió una ceja al cautivo y sumió a éste en un nuevo dolor, más vivo y lacerante que nunca. La sangre corrió por su rostro, cegándole.

—¡Espera, Igor! —exclamó agudamente Zadov, alzando los ojos por primera vez de sus nudillos—. ¿Qué ha querido usted decir con eso, Duke? ¿Quién *está* complicado con usted?

Duke apretó las mandíbulas, interiormente satisfecho de ver logrado su objetivo. Miró a Zadov, que incorporándose caminó lentamente hacia él a través de la habitación. La luz de la alta lámpara puso reflejos grasientos en su rostro fofo.

—¿A quién encubre, Duke? —insistió Zadov, con suavidad—. Hable, o será peor.

Duke parpadeó a través de la sangre que, manando sin cesar de la ceja partida, le cegaba la visión.

—Sólo puedo decirle que yo no tengo ese mensaje. Regístreme hasta la raíz de los cabellos, si lo duda.

—¿A quién se lo dio? —intervino ásperamente Irina—. Nada más salir de «Chez Margot» cayó usted en nuestro poder. No pudo deshacerse de ello, a no ser...

—¿A no ser qué? —Gruñó Zadov.

—A no ser que se lo diese a alguien *dentro del local*.

—¿Iba solo cuando abandonó «Chez Margot»? —preguntó con súbita lucidez el Buda viviente.

Irina le miró ahora con ojos brillantes.

—Sí. Y, según los informes, *entró con una mujer*.

Todo seguía el curso previsto por Duke. Lamentaba lo que estaba haciendo, pero necesitaba ganar tiempo a toda costa y ése era su único medio. No demasiado noble, pero a tales alturas no cabían escrúpulos de conciencia.

—¿Quién era la mujer, Duke?

El periodista inclinó la cabeza y continuó silencioso. Irina habló con su tono glacial:

—No hace falta que él lo diga, Zadov. Era Cristina Janot, una joven de nacionalidad belga, que trabaja en cooperación con los investigadores atómicos del Gobierno británico.

—¡Maldito imbécil! —rugió Zadov, perdida su calma—. ¿Y entregó el mensaje escrito en plástico a esa muchacha?

Duke continuó aquella comedia que tan maravillosamente bien

le había salido. Se enfureció al replicar:

—¡Eso son absurdas figuraciones tuyas! ¡Ella no tiene el mensaje y si intentan hacer algo a esa chica...!

Un nuevo bofetón del brutal Igor le silenció a causa del punzante dolor que sacudió todos sus nervios, provocándole un desvanecimiento.

—Está bien, Igor; déjalo... por ahora —mandó Zadov—. Ya sabemos algo. Es demasiado listo para arriesgarse a llevar encima una cosa así y se la entregó a Cristina Janot, por quien, según veo, siente gran afecto. Si cogemos ahora a esa chica, creo que casi todos los triunfos para la batalla final estarán en nuestras manos.

Irina asintió, con una sonrisa cruel.

—Sí, Zadov. Y el tiempo urge. Recuerde que dentro de cinco días experimentarán nuevas armas en Monte Bello. Tal vez la bomba de cobalto entre ellas.

—Eso es lo mejor de todo, Irina —rió Zadov con satisfacción—. Porque precisamente *mañana*, Cristina Janot llegará por vía aérea a Adelaida.

La bella eslava miró con sorpresa a su superior.

—¿Cómo sabe eso?

—Los informes de nuestro jefe en Australia son muy exactos, ya lo sabe. Y entre las escasas personas que saben de ese viaje... nosotros estamos incluidos.

En el nocturno cielo austral, las estrellas parecían tachonaduras de diamantes sobre un manto azul de limpísima pureza. Sus reflejos cabrilleaban en la superficie oscura de la Bahía Encounter.

Al paso de la larga y esbelta canoa motora, una estela de blanca espuma agitaba ese apacible reflejo en una gran extensión. Atrás quedaba Wellington, y a la izquierda se abría la boca de comunicación con el lago Alejandrina. Aun faltarían unas siete u ocho millas para alcanzar Punta Elliott.

La muchacha, en la proa de la embarcación, contemplaba pensativamente las aguas oscuras, salpicadas de extrañas fosforescencias.

—Vamos, señorita Janot, deje de pensar en su caballero americano —dijo a sus espaldas la voz de Hans Hummel, ya sin las ropas sacerdotales con las que fingiera ser un pastor bávaro.

—¿Cómo supone que pensaba en él, profesor? —preguntó ella, apartando un instante sus ojos de la bahía.

—Intuición simplemente —sonrió el físico—. Desde que abandonamos Europa, está usted terriblemente taciturna, y eso no es natural en su carácter.

—Dejemos eso, profesor —Cristina miró a su interlocutor con súbito interés—. Dígame: ¿por qué no hemos aterrizado en Adelaida y, por el contrario, amaró nuestro hidro en las costas de las islas Spencer?

Hummel hizo un ademán suspicaz.

—No hay que ser tan ingenuos como para creer que nuestros enemigos ignoran los movimientos que llevamos a cabo. El Alto Mando británico, y yo particularmente, estamos convencidos de que los aeropuertos de Adelaida, Gambera, Melbourne, Sídney y Perth, están estrechamente vigilados por los agentes enemigos. Pero nadie se imaginaría que volamos hasta Bali en el avión designado y desde allí un hidroavión del Servicio de Guardacostas nos trasladase a las islas Spencer. En este asunto es primordial ganar tiempo, y eso es lo que estamos intentando.

—¿Qué hay en Punta Elliott? —se decidió a inquirir Cristina.

—Las más importantes instalaciones subterráneas donde se investiga y experimenta en pequeña escala. En suma, el auténtico cuartel general, de donde parten las instrucciones definitivas para las pruebas oficiales que se celebren en Woonera o Monte Bello, ¿comprende?

—Sí. Nadie supone que en Punta Elliott...

—Claro que no. Un grupo de antiguas granjas avícolas, hoy en desuso, son el disfraz de nuestro centro experimental. Con el pretexto de unas obras del Servicio Forestal, el terreno está acotado y celosamente custodiado.

—¿Veremos, por fin, al fantástico capitán Adams en Punta Elliott?

—Creo que sí. Al menos, se espera su llegada con órdenes confidenciales, directamente llegadas del Alto Mando.

—Tengo verdadera curiosidad por conocerle.

—Y yo. Es un hombre casi legendario, aunque en Londres yo creo que hace una vida absolutamente normal y sencilla. De todos modos, tengo la corazonada de que *ya lo hemos visto en París*, sin

saber que era él.

Sin aclarar más, el profesor volvió a reunirse con los dos militares australianos que iban en la cabina de la motora. Y Cristina siguió con los ojos clavados en las aguas, pensando en Oscar Duke, el simpático yanqui, sin sospechar lo que estaba ocurriendo en la habitación de cierta residencia de Adelaida, a aquellas mismas horas...

CAPÍTULO X

LA FUGA

—¡Vamos!, Duke, va usted a acompañarnos ahora a otro sitio. Lamentamos mucho tener que vendarle los ojos nuevamente, pero es una precaución necesaria.

Así con los ojos cubiertos otra vez, el agente especial norteamericano fue conducido por el afable Zadov, el brutal Igor y otro individuo desconocido, a lo que supuso sería el mismo vehículo que les llevara allí. Irina no estaba entre ellos, lo que muy bien podía significar que tenía cosas que hacer en otro sitio.

El coche salió de lo que debía ser un patio o garaje, y lo sintió correr por las calles. A través de alguna ventanilla abierta, penetraba el aire fresco de la noche, azotándole el rostro con suavidad.

—¿Dónde es el segundo acto de la función? ¿En Pekín? —se mofó Duke, aunque el hecho de hablar le causase algunas molestias en sus doloridas encías. Igor pegaba demasiado bien.

—No se burle, Duke —respondió Zadov—. Supóngase que conocemos... el emplazamiento de los laboratorios e instalaciones experimentales de los técnicos nucleares de Inglaterra. ¿Qué diría si esto fuera verdad?

—Que están ustedes fanfarroneando, amigos míos. Nadie sabe el exacto emplazamiento de esos centros, por la simple razón de que hasta ahora no existió ni un solo caso de sabotaje. Es una prueba definitiva, ¿no cree?

Zadov rió, de un modo que a Duke le gustó muy poco.

—Eso sólo demuestra una cosa: que *ignorábamos* su situación. Pero *hoy* la conocemos sin lugar a dudas.

—¿De veras? —Duke se preguntó a dónde iría a parar el otro.

—Sí, amigo mío. Mañana, cuando estén preparadas las próximas pruebas, ocurrirá el primer fallo en el magnífico sistema británico. Un sabotaje que puede aplazar por tiempo indefinido esas pruebas... e incluso acabar con las experimentaciones del cobalto.

—No sé a qué viene el decirme todo esto, Zadov. Yo soy norteamericano, no inglés ni australiano.

—Pero actúan ustedes para un mismo fin, aunque lo hagan *por separado*. ¿O va a convencerme de que prefiere ver el cobalto en nuestras manos a verlo en las de sus aliados los británicos?

Duke calló, sombrío. Luego, a su vez, hizo una pregunta:

—¿Qué piensan hacer ahora conmigo? Porque todos estos paseos tendrán una finalidad.

—Por supuesto. Si no, puede creer que hace ya tiempo le habríamos dejado tranquilo.

El tono resultaba siniestro, y el americano lo entendió a la perfección. No deseaba en absoluto esa tranquilidad, aunque temía por otro lado la finalidad a que pudieran reservarlo sus raptos.

—Bien, Igor, creo que puedes quitarle ya la venda —dijo ahora Zadov, mientras el coche aceleraba la marcha.

Sintió las manazas del gigante desatando el nudo de la nuca, y por fin pudo ver algo del suelo australiano a través de las ventanillas. La noche era oscura, pero las estrellas proporcionaban una débil claridad que le permitió apreciar el paisaje de unos campos extensos y cultivados, a ambos lados de la ancha carretera.

Volvió la cabeza. En la distancia, una miríada de lucecillas parpadeantes le mostró que Adelaida había quedado atrás, y que se internaban en la campiña australiana.

Tenía a Zadov a su izquierda y a Igor a la derecha. Conducía otro individuo de cuello ancho y cabeza pelada.

—¿Y a dónde vamos?

—A Wellington, una ciudad cercana, que es el último punto donde se nos pierde el rastro de nuestra admirada señorita Janot y del profesor Hummel.

—¿Qué? —Duke se volvió a él bruscamente.

—Sí, no se asombre. ¿Creyó que su amiguita andaba lejos y que nuestra mano no iba a alcanzarla? Se equivocó, aunque es triste confesar que nos burlaron muy hábilmente para introducirse en Australia sin que lo supiéramos nosotros. Sólo por una casualidad

logramos saber que esta mañana se les vio en Wellington.

—Dios mío... Cristina Janot aquí... —La preocupación del joven no le hizo olvidar el otro detalle asombroso—. Pero usted... también mencionó a Hummel.

Zadov estrechó sus ojillos con rencor.

—Ésa es la burla más estúpida que Irina pudo haber aceptado. Sólo un necio pensaría que el profesor llegase a París ostensiblemente, dando esas facilidades para su eliminación. El que voló en la explosión del hotel era una contrafigura, un infeliz al que sacrificaron para salvar el secreto de la bomba «C». Entretanto, el auténtico Hans Hummel le burlaba incluso a usted.

—¿A mí? —Los ojos de Duke brillaron—. No me dirá que el reverendo Horst...

—¡Ese mismo! —Gruñó Zadov, malhumorado—. Descaradamente visible, con el disfraz más elemental que puede suponerse y que ningún espía sagaz utilizaría nunca... se mofó de todos.

—A veces resulta un defecto ser excesivamente sutil.

—Sí. Hummel es tan inteligente, que escogió lo más burdo y sencillo. Algo que nadie podía sospechar en un hombre de sus recursos. Ése fue su gran acierto.

Pero Oscar había dejado ya de pensar en Hummel y en su disfraz de clérigo. Toda su mente se concentraba en Cristina Janot. Cristina, a quién él mezcló en el embrollo, insinuando que el mensaje estaba en su poder. Nunca pudo imaginarse que aquel recurso para ganar tiempo, iba a convertirse en una amenaza mortal para ella. ¿Cómo suponer que Cristina iba a venir a Australia?

Tenía que salvarla. Esto ante todo. Salvarla, como fuese, y al precio que fuese. Aun al de su propia vida. Al fin y al cabo, él era el único culpable de que ella corriese tan grave riesgo. Porque ni Zadov ni Irina eran gente capaz de detenerse ante una muerte. El falso Hummel, Harry Faulkner, y Pierre Denis eran pruebas evidentes de ello.

Era preciso escapar. Esta idea, como un martillo, le golpeaba una y otra vez, llegando hasta lo más recóndito de su cerebro. *Huir.* Era una necesidad imperiosa, vital para todos. Para Cristina, para el profesor Hummel, para los experimentos del arma de cobalto, para él mismo. Huir, sí; *¿pero cómo?*

El automóvil iba a buena velocidad por la llana carretera. La luz de los faros iluminaba con absoluta nitidez el camino. Reveló una cerrada curva, exactamente antes de llegar a un puentecillo sobre un ancho canal o acequia de riego.

Duke lo tenía todo perdido. Así que únicamente se jugaba una vida cuya duración no sería tampoco muy larga en manos de sus adversarios. Por eso y por Cristina Janot, se la jugó al alcanzar la curva.

Zadov e Igor iban confiados, seguros de que el yanqui tenía el sentido común preciso para no intentar locuras. Y en realidad, de no ser por Cristina, acaso jamás lo hubiese intentado.

Llevaba las manos ligadas por las muñecas, con unas estrechas correas de piel muy resistentes. No trató de rasgarlas, porque era inútil.

Se limitó a elevar ambas manos y descargarlas con todas sus fuerzas sobre el cuello de Igor, en un brusco e impresionante mazazo que le hizo gruñir, casi *groggy*. Duke completó la acción elevando la pierna derecha, y clavando brutalmente la rodilla en el hombro de Igor, quien quedó atontado, al borde del desvanecimiento.

El coche giró en la curva con violencia, ajeno el conductor a la escena que se desarrollaba a sus espaldas. Zadov, que buscaba con veloces movimientos su pistola, cayó contra Duke, que ya esperaba el resultado de la cerrada curva. Así, movió hacia adelante la cabeza, en un testarazo fortísimo, que hizo crujir los huesos bajo la paz carnosa del agente kroslovo. Éste gimió, incapaz de reaccionar su pesado cuerpo con la ligereza necesaria, y el periodista, convertido en un furioso torbellino, luchó desesperadamente, con sus manos forcejeando la manecilla de la portezuela. Las lijaduras le frenaban sus movimientos y ya Igor se reponía de los dos brutales impactos recibidos.

La portezuela se abrió al fin, mientras el coche entraba en el puente sobre el canalillo y su conductor se volvía, llamada su atención por el ruido.

Duke saltó al vacío en un brinco suicida, que el desesperado impulso de Zadov, ya algo recuperado del cabezazo, no pudo impedir.

El coche aún no había frenado, y el aire golpeó el cuerpo del

periodista cuando éste cruzó el espacio entre el vehículo y el débil pretil de madera del puente, como una roca expulsada por una catapulta. Y como era muy violento su impulso, la barandilla de tablas cedió, hundiéndose el americano en las aguas oscuras y tranquilas del canalillo.

Frenó el automóvil y saltaron de él Zadov y el conductor, empuñando sus armas. Igor, aún no repuesto, bajó tambaleándose, como un toro aturdido.

El silencio de la noche se rompió en la campiña australiana con las detonaciones de las pistolas, al tirar ciegamente sobre las aguas aún revueltas del canal, donde Duke había caído. Los proyectiles levantaron surtidores de agua al hundirse en el canal.

—¡Vacíe el cargador, Sergio! —rugió Zadov, ya olvidada su apariencia risueña—. ¡Si no le recuperamos vivo, hay que eliminarle!

Siguieron resonando los disparos, y al concierto se unió Igor, jurando vengarse del ataque sufrido.

—¡Así no le daremos nunca! —chilló Zadov—. Está demasiado oscuro. ¡El coche, Sergio! ¡Acérquelo al pretil! ¡Y proyecte los faros sobre el agua!

Duke, que había asomado dos veces el rostro lo preciso para tomar aire y volverse a hundir, rehuyendo las balas, se estremeció de horror. Con la luz de los faros sería sencillísimo acertarle de lleno.

Oyó el motor del coche, pero también llegaron a sus oídos ruidos más gratos. Cerca del canal empezaron a resonar feroces ladridos de tres o cuatro mastines, y dos rifles superaron, con sus crepitantes detonaciones, el ruido de los disparos de pistola.

—¡Están tirando desde el puente, Charlie! —gritó una voz ruda, en el campo de legumbres cercano—. ¡Tira allí sin contemplaciones!

Que el llamado Charlie tiró sin contemplaciones lo demostró que Igor permaneció un instante rígido, después de ladrar nuevamente uno de los rifles, soltó luego su automática y rodó del puente abajo, hundiéndose con sordo chapoteo en el canal, a no más de dos yardas de donde se ocultaba Duke. Sólo que él, con la bala del rifle alojada en el pecho, no volvería a subir a la superficie...

Zadov vio la batalla perdida. Acabó de vaciar precipitadamente su pistola sobre el canal, y corrió al coche, penetrando en él,

cuando Sergio lo ponía en marcha.

—¡Han matado a Igor! —gritó—. ¡Deben ser unos malditos campesinos que nos han tomado por salteadores! ¡Vamos, deprisa!

El automóvil arrancó a toda velocidad, alejándose carretera adelante.

Duke asomó, sosteniéndose a flote gracias a sus pies. Vio acercarse al borde del canal las caras inquietantes de tres enormes mastines, que ladraban furiosamente.

—¡Quieto, «Lucifer»! ¡Calla, «Tor»! ¡Fuera, «Satán»!

Los animales, de nombres tan poco tranquilizadores como su aspecto, callaron, aunque sin cesar de gruñir, mientras dos individuos asomaban ahora, con sus rifles encañonándole.

—¡Eh, usted, salga de ahí, y con los brazos en alto! —Mandó uno de ellos secamente.

—No puedo. Tengo las manos ligadas —anunció Duke, llegando a la orilla.

Uno de ellos le ayudó a salir, mientras el otro le seguía apuntando con su arma.

Ya de pie en tierra firme, olfateado por el trío de mastines, una lámpara eléctrica le fue asestada al rostro, chorreante de agua, como todas sus ropas y cabellos.

—¿Quién es usted? —preguntó uno, con desconfianza.

—Me llamo Oscar Duke y soy corresponsal de Prensa norteamericana. Deseo que avisen urgentemente a las autoridades de Adelaida. Esa gente que me atacaba son agentes extranjeros en misión de sabotaje dentro de este país.

—¿Está seguro? —Los hombres seguían hostiles.

—Ya lo verán. Pero por el amor de Dios, llévenme adonde sea, y avisen a la Policía, pero cuanto antes. Es cuestión de vida o muerte.

Creyeran o no sus palabras, la proposición era de lo más sensata. Así que ambos campesinos se miraron el uno al otro, y manifestó el de más autoridad:

—Está bien, vamos. Cuide de no intentar nada. Y no se preocupe, que pronto tendremos aquí a la Ley, amigo.

Y todos se encaminaron hacia una granja cercana.

CAPÍTULO XI

PELIGRO EN PUNTA ELLIOTT

Un gran cartel anunciaba en los límites del terreno acotado que cercaban los alambres espinosos:

«Zona reservada a los Servicios de
Repoblación Forestal del Gobierno de Australia.
Prohibido el paso».

Había vigilantes armados, con el uniforme kaki del Servicio Forestal australiano. Nadie hubiera imaginado que entre aquellos vigilantes hubiese oficiales del Ejército británico, y agentes del Servicio de Contraespionaje australiano.

Amanecía cuando Hans Hummel y Cristina Janot, sin perder su escolta militar, llegaron a Punta Elliott en la canoa. Un coche oficial, con carrocería y cristales blindados, les recogió en la costa y, a través de un irregular camino vecinal, lleno de profundos baches, les condujo al terreno supuestamente dedicado a la repoblación de bosques.

Era un amanecer gris y desapacible, con un cielo nuboso, muy diferente al claro y despejado de horas antes. El viento de la bahía estaba saturado de una humedad ajena a la del mar, que pronosticaba lluvia.

Cristina había dormido mal en la estrecha litera de la canoa motora y tenía un rostro ligeramente pálido y malhumorado. Hans Hummel, rubicundo y jovial como siempre, apretaba entre sus manos el mismo maletín negro que Cristina llevara consigo a su llegada a París.

Nadie había supuesto que en aquellos viejos libros

encuadrados en piel, y que ella dejó bien a la vista en su cuarto del «Hotel Ambassador», era donde realmente se ocultaban las fórmulas e informes sobre los trabajos acerca del cobalto, realizados por Hummel en su laboratorio secreto de Munster, en la Zona Británica de Alemania. Y que el microfilm oculto en el depósito del agua, que acaso Stapoulos o algún otro agente enemigo se llevara, no eran sino fotocopias de documentos sin valor alguno. No en vano Cristina Janot había trabajado otras veces a las órdenes del astuto físico alemán.

Fueron detenidos al alcanzar las alambradas por un piquete de supuestos guardias forestales. La exhibición de los pases especiales extendidos a nombre de cada uno de los cuatro viajeros, les franqueó el paso a los terrenos acotados, en cuyo subsuelo, bajo unas ruinosas granjas avícolas, y unos arbustos raquíticos, se hallaban las instalaciones especiales para la investigación atómica inglesa.

—Ya estamos en el cuartel general, Cristina —sonrió Hummel risueñamente—. A salvo de todo riesgo.

—¿Cree usted que los riesgos no pueden llegar hasta aquí? —repuso ella, no muy convencida.

—Claro que no. Nadie, ajeno a nuestros servicios especiales, o miembros de la Comisión de Estudios sobre energía nuclear, podría cruzar esas alambradas, amiga mía. Además... ¿ve aquel pabellón?

Hacia donde señalaba Hummel, se veía un edificio en mejor estado de conservación que el resto de los pabellones avícolas, desde cuyas galerías alargadas se podía dominar todo el terreno cercado, y muy especialmente los puntos accesibles.

—¿Qué hay en él?

—Es el punto de control de toda la energía eléctrica subterránea, así como la atalaya de observación. Hay guardia permanente, con ametralladoras en estado de funcionar en el acto. Y si existiese el menor riesgo, desde allí cortan la corriente general, quedando solo el ramal de los laboratorios especiales, que se controla desde el mismo subterráneo. De ese modo, el ascensor que, como único medio de comunicación con la superficie, existe aquí, dejaría de funcionar. Y con ello se cortaba de raíz el menor intento de penetrar en el subsuelo. ¿Se da cuenta?

Cristina comprendió que todo era muy seguro. Había nidos de

ametralladoras en los puntos más disimulados y estratégicos, numeroso personal armado, y aquel pabellón que dominaba toda la zona. Y, sin embargo, no logró sentirse tranquila. Las redes del espionaje son tan sutiles...

Dentro de un derruido pabellón de la granja, empotrado en un muro de ladrillo, estaba el ascensor o montacargas que descendía al fondo. Tras una nueva exhibición de sus respectivos pases, fueron admitidos y descendieron.

Abajo, Cristina se sorprendió al ver la actividad y organización de aquel extraño centro experimental. No eran unos subterráneos desmesuradamente grandes, pero sí amplios, con magnífica temperatura artificial, constante renovación del aire y una brillante iluminación.

En un corredor, otra patrulla de control les visó los pases y les señalaron a la derecha.

—Segundo corredor, sección C, profesor —indicó uno de los vigilantes, respetuosamente.

Hummel y Cristina se adentraron en la dirección señalada.

La sección C la constituían en su totalidad dos salas de investigación, una dedicada a laboratorio y la otra ocupada por varios complicados aparatos, en los que se experimentaba con energía atómica en cantidades infinitesimales, observando reacciones y resultados. Aparte de estas dos dependencias había un despacho privado para el profesor Hummel, donde ambos se sentaron en confortables sillones antes de iniciar tarea alguna. El largo viaje aéreo a través de medio mundo, con el complemento del automóvil y la canoa, era mucho, aun para naturalezas como las suyas, habituadas a la fatiga.

—Y bien, Cristina, ya hemos llegado. Nos espera una ardua tarea estos días.

—Sí —el tono de ella era sombrío—. Nuevas armas. Nuevos métodos de destrucción.

Los ojos del físico la miraron con simpatía.

—Comprendo que no le agrade. A nadie puede gustarle todo esto que nos rodea. Es la locura, la fiebre de la supremacía absoluta en la posesión de armas terribles. Por eso sigo yo, y siguen los que son como yo, aunque todos odiamos nuestra propia labor Pero dese cuenta de algo, mi pequeña amiga: si otros se anticipan... ¿qué será

peor?

Cristina asintió.

—No me haga caso, profesor. A veces digo tonterías.

—No, no son tonterías, y yo la entiendo muy bien. Es humana y ama la Humanidad. Es natural... sobre todo estando enamorada.

Ella se ruborizó bajo la mirada bondadosa del alemán.

—¿Es preciso mencionar siempre eso?

—No... Lo que empieza a ser preciso es iniciar el trabajo, Cristina. Bastante tiempo se ha perdido ya, ¿no le parece?

Asintió la joven y ambos se dispusieron a entrar en lo que constituiría posiblemente la fase final para la obtención de la bomba «C». Cristina pensó que era la muerte, la más devastadora y despiadada de las muertes, lo que iban a encerrar en una funda de cobalto...

Oscar Duke contó al capitán Scotty, del Departamento de Defensa australiano, todo cuanto sabía acerca de Irina y Zadov.

Le había costado algún trabajo llegar hasta el hombre del Gobierno, pues antes hubo de hablar y convencer al jefe de la Policía local, después a un oficial del Gobierno Civil, hasta, por último, alcanzar lo que él deseaba.

La entrevista con el capitán Scotty se celebró después de las ocho de la mañana, cuando Duke, sin haber dormido un solo instante, aún con el cuerpo estremecido por el prolongado remojón en el canal, y desencajado de sueño y de cansancio el rostro, empezaba a considerar de más urgencia nacional un lecho blando y tibio que todas las bombas de cobalto habidas y por haber.

Sin embargo, hubo de enfrentarse con el capitán, cuyo escepticismo inicial se evaporó considerablemente al saber que en las ropas del individuo muerto en el canal, habíase encontrado la documentación a nombre de Igor Masen; y de que aquel periodista americano, según informe telefónico del Consulado, era agente especial del Servicio de Información de su país.

Esto hizo entrar en acción al Departamento de Contraespionaje de Adelaida y Wellington.

Una conferencia urgente con las oficinas de esta última ciudad, les informó que Hans Hummel y Cristina Janot, escoltados por dos oficiales del ejército australiano, habían pasado por allí el día anterior, y salido «con destino a un punto estrictamente secreto».

Duke, impaciente, hizo una descripción concisa de la casa donde le tuvieron secuestrado. Mencionó el detalle de la fuente en una calle, el tiempo aproximado que transcurrió desde esa indicación de Irina hasta detenerse el coche en el garaje al aire libre, o patio interior, así como todos cuantos detalles recordó.

La Policía Metropolitana no tardó ni dos horas en localizar la casa, que resultó ser una residencia aparentemente desalquilada, restos de la vieja Adelaida. Aún se llegó a tiempo de capturar a dos individuos que ni siquiera tuvieron oportunidad de defenderse con sus armas. En su eficaz y rápida acción, los agentes australianos recogieron también un archivo cerrado, donde un fichero en clave fácilmente descifrable, denunciaba toda la vasta red de espionaje en Australia, con miembros de quienes las autoridades habían sospechado.

De pronto, llegó una llamada de Wellington. Una mujer desconocida, que ocultaba su aspecto con unas grandes gafas de sol, un pañuelo enrollado a la cabeza cubriendo su pelo, y un amplio abrigo oscuro, había alquilado horas antes una canoa motora saliendo en dirección sudoeste, hacia Punta Elliott posiblemente.

Cuando el capitán Scotty oyó esto, casi dio un brinco.

—¡Diablos, Punta Elliott! —exclamó.

—¿Qué ocurre allí? —se sorprendió el reportero, tensos sus nervios, en un poderoso esfuerzo por dominar el sueño.

—Es... el lugar secreto dónde están los centros de experimentación. Tal vez sigue el rastro de Hummel y Cristina.

Duke se excitó.

—¡Debe de ser Irina! —gritó—. ¿No se da cuenta? Todo corre peligro. El centro, las vidas de ellos, *¡todo!* Una mujer que asesina fríamente a un ser indefenso como Pierre Denis, es capaz de todo.

—Además, le acompañaba un individuo delgado, de aspecto frágil, que también escondía el rostro —añadió Scotty—. ¿Tiene idea de quién puede ser?

—Ni la más mínima —Duke había olvidado por completo su sueño, su fatiga y el entumecimiento de sus huesos—. ¿Piensa hacer algo, capitán?

Scotty le miró, sonriendo.

—Claro que sí —dijo al fin—. Haciendo una excepción, voy a meter en nuestra zona prohibida a un agente no británico. Y no se

lo agradezca a su misión, sino a esa señorita Janot que tanto parece preocuparle. Sepa que he sido siempre un tonto sentimental.

—Gracias, amigo —Duke tomó su húmeda trinchera—. ¿Vamos ya?

—Sí. No contamos con avión disponible alguno, y de solicitarlo a la base de Melbourne, tardaríamos aún más. Iremos a Wellington en mí «jeep», y de allí en motora hasta Punta Elliott.

—Dios quiera que lleguemos antes que Irina y sus satélites. No olvide que Zadov y Sergio aún están sueltos... y posiblemente en contacto con esa diabólica mujer.

—Llegaremos antes, no lo dude.

El periodista americano hubiera deseado compartir la confianza del capitán Scotty, pero él conocía mejor la condición de sus adversarios, y salió de Adelaida en el «jeep» conducido por el hombre del Gobierno y dos oficiales, lleno de los más sombríos presentimientos.

No sólo por la «Operación Cobalto», tan en peligro, sino por la encantadora mujercita, en el más grave de los riesgos.

CAPÍTULO XII

A LA DESESPERADA

La tormenta que se presagiaba desde el amanecer estalló en las primeras horas de la tarde. Rodó el trueno por las nubes, bajas y negruzcas, mientras una lluvia torrencial empezó a batir la bahía, sobre la veloz canoa que conducía con hábil mano el capitán Scotty. Los rostros iban sombríos y ceñudos. El hombre del Departamento de Defensa iba perdiendo su optimismo, y Oscar Duke ni siquiera había llegado a sentirlo en ningún momento.

Desde Wellington trataron de establecer comunicación telefónica, con los laboratorios secretos; pero nadie respondió desde Punta Elliott, y Scotty transmitió un urgente mensaje de alarma a Melbourne, antes de iniciar la última etapa en lancha motora, a través de la Encounter Bay.

—¿Cree que sucederá algo anormal en Punta Elliott? —interrogó Duke, preservándose con su trinchera de la espesa lluvia.

Scotty, con el rostro bañado por el agua, miró a través de la cortina lluviosa la lejana silueta gris de Punta Elliott, borrosa en la tormenta.

—No lo creo, Duke —y su acento carecía de convicción—. Tal vez sea una avería telefónica. Es fácil que el viento que precedió a la tormenta derribase algún poste.

A Duke le parecían más fáciles otras muchas cosas, pero se calló, mientras su mirada se clavaba impaciente en el promontorio dibujado sobre el fondo gris y azul del horizonte. La proa afilada de la canoa hendía las aguas color pizarra, azotadas por una lluvia cada vez más torrencial.

Se acercaba el anochecer, y la negrura de las nubes hacía más acentuada la oscuridad.

Era ya noche cerrada cuando la canoa varó en la cala arenosa de Punta Elliott, en su lado más septentrional. La lluvia y las tinieblas no permitían ver a cinco pasos de distancia.

Scotty, Duke y los dos militares saltaron apresuradamente de la embarcación, y emprendieron veloz carrera a campo traviesa, sin importarles los lodazales en que hundían los pies a cada momento.

Una débil luz eléctrica brillaba ante el gran cartel indicador de las obras forestales, sobre cuya superficie corría el agua, haciéndolo relucir como si fuese de charol.

—¡Aquella es la entrada! —Scotty señaló un punto de la cerca espinosa, donde se veía una garita.

Corrieron allí, y sin orden ni indicación alguna, todos extrajeron sus armas. Duke había recibido una automática en la canoa, de manos de Scotty, y la empuñaba firmemente, como sus tres acompañantes.

La certeza del desastre se la dio el hallazgo de la entrada. Dos de los centinelas aparecían de bruces sobre el fango viscoso, y en los charcos de agua la linterna de Scotty reveló una coloración rojiza.

Se miraron los cuatro sombríamente. Aquellos desgraciados no volverían a alzarse de allí por su propia iniciativa.

—Debieron atacarles por sorpresa, con arma blanca —dijo duramente Oscar—. Vea las cuchilladas.

—Sí, ¿pero cómo? —Se intrigó el capitán—. Tuvo que ser alguien que pudo acercarse a ellos sin despertar sospechas.

—Una mujer engaña fácilmente, amigo mío. Ya lo hizo antes en una clínica de París.

Entraron en la zona acotada, desplegándose para ofrecer menos blanco a un posible emboscado. El tercer vigilante eliminado apareció unos pasos más allá, semihundido en un charco profundo.

—Buena matanza —dijo fríamente uno de los militares.

Avanzaron algunos pasos más. La oscuridad y el silencio eran absolutos, excluyendo el rumor insistente de la lluvia.

—Vayan ustedes dos hacia la entrada de los subterráneos —ordenó Scotty a sus subordinados—. Usted y yo, Duke, nos acercaremos al pabellón de control, que está a nuestra derecha. Separándonos es menos fácil caer en una emboscada.

Duke ignoraba a aquellas alturas qué decisión sería la más prudente. Pero Scotty mandaba, y a él correspondía la iniciativa.

—Me sentiría más tranquilo con un fusil ametrallador en las manos —susurró el periodista, con su índice tenso en el gatillo de la pistola.

—Y yo —admitió a su lado el capitán—. No se preocupe, el pabellón de control estará posiblemente sin novedad, y allí tendremos ametralladoras «Thompson» a nuestra disposición.

Duke volvió a desear en su interior un optimismo igual, pero no le fue posible, pese a su buena voluntad.

El pabellón, en efecto, estaba a su derecha, y muy próximo. Al acercarse más, les fue posible distinguir la luz amortiguada de su sala de control, a través de la larga galería.

Unos pasos más, y Scotty suspiró con alivio.

—Vea en la ventana. Nada ha ocurrido allí todavía.

El periodista vio a un australiano, con el uniforme militar y una «Thompson» bajo el brazo, pasear a lo largo de la galería.

—Sí, todo parece normal —admitió Duke.

Rodearon la edificación para encontrarse con un centinela de uniforme, que les encañonó con su fusil ametrallador.

—¡Alto! ¿Qué hacen aquí? —espetó rudamente.

El capitán extendió su pase.

—Capitán Scotty, del Departamento de Defensa, y me acompaña un corresponsal de Prensa norteamericano.

El centinela examinó el pase a la luz de una linterna. Nada parecía saber de lo ocurrido a sus compañeros, y Scotty no juzgó oportuno perder el tiempo con él.

—Entren —indicó al fin el guardián.

Scotty y Duke penetraron en el pabellón y subieron una escalera angosta, de muchos escalones, que conducía al primer piso, donde se hallaba un retén de guardia.

Golpearon una puerta. Se abrió una mirilla y asomó un rostro. El capitán repitió su informe de abajo. El guardián cerró la mirilla y poco después se abrió la puerta.

Entraron confiadamente, para sentir en el acto que la puerta se cerraba tras ellos, y que apoyaban en sus espaldas algo duro y metálico, de inconfundible naturaleza.

—Suelten sus armas y alcen los brazos. ¡En el acto!

Duke, al tiempo de tirar su automática al suelo, reconoció la voz suave y risueña de Fedor Zadov.

Oscar Duke se maldijo a sí mismo por estúpido, mientras Scotty se ocupaba de maldecir en voz alta. De todas las formas imbéciles de caer en una trampa, aquélla era la más incalificable.

Alguien les cacheó rápidamente, mientras Fedor Zadov aparecía en el campo visual con una pesada automática provista de tambor ametrallador. En sus labios flotaba una sonrisa cruel, preñada de malos augurios.

—No creí que resultara tan fácil —comentó el krosravo.

—Ni yo —gruñó agriamente Duke.

—Para ser ustedes grandes figuras de los Servicios Secretos de sus países, poseen demasiada ingenuidad. ¿Creyeron de veras que esto era tan inexpugnable como parecía? No, no, me han defraudado. Sobre todo usted, Duke. Le creía más inteligente.

—Pues ya puede ir rectificando. Soy un necio.

—Yo, no —se obstinó Scotty—. Lógicamente, al acercarse ustedes a este pabellón, tenían que haber sido acribillados por el piquete de guardia.

El centinela de la «Thompson» llegó ahora, procedente de la galería. Duke comprendió que de australiano, al igual que el de la entrada al pabellón, no tenía más que el uniforme. Los centinelas del pabellón habían sido reducidos o muertos, y ellos ocupaban sus puestos.

Zadov sonreía ahora al pálido Scotty.

—Así hubiera sido... de no tener nosotros pases especiales muy bien falsificados. Y una persona que podía utilizarlos, sin despertar sospechas.

—¿Quién?

—Yo, señores.

Scotty miró, confuso, al punto donde sonó la voz femenina. Duke también, que enseguida percibió el mismo perfume que en el taxi, aquella noche en París. Había entrado, procedente de una estancia contigua, la hermosa Irina, orgullosa y soberbia como nunca. Pero aquel perfume *no era el de ella*.

Duke se estremeció al ver a la que había hablado, altiva y cruel al lado de Irina, llameante su melena roja, y tan distinta a como él la imaginaba.

—¡Phillys! —susurró roncamente el periodista.

Allí estaba Phillys Markham, su colega y compatriota,

convertida en una mujer distinta. Dura, implacable, como la propia Irina. De un golpe, como si hubiera caído una cortina que velase la verdad, vio la explicación a muchas cosas hasta entonces inexplicables. La persecución en la Avenida de la Ópera, en la que los seguidores eran, a no dudar, hombres pagados por el falso Stapoulos, el agente yugoeslavo. La bomba del «Ambassador», que ella misma debió de poner. La muerte de Denis, a manos de una mujer, *antes* de que él pudiese hablarle, cuando *sólo ella sabía* que iba al Hospital Valmy. El conocido perfume de su misteriosa agresora. El supuesto hombre de aspecto frágil y extraño que viera en Wellington acompañando a Irina, también era ella... Todo era claro. Incluso la entrada en los pabellones de Punta Elliott, con una norteamericana de quien nadie podía sospechar. Phillys, la linda pelirroja, fue siempre su enemigo en la sombra.

—Phillys... —repitió Duke, atónito—. Tú... una norteamericana... *nos traicionaste*.

Había asco, aversión, en la voz del reportero. Scotty le oía con estupefacción.

—Americana de adopción, nada más —dijo ella, con voz cortante—. Pero nacida en Krosllavia, de madre krosllava. Por tanto, ayudar a mi verdadera patria es la más elevada misión que pude cumplir.

—¡Elevada! —Duke escupía la frase con asco—. ¡Traición baja y repugnante!

Phillys se acercó y le cruzó el rostro con dos violentos bofetones. Duke continuó inmóvil, ante el cerco de armas que les rodeaban.

—¡Eso te enseñará a callar, imbécil! —rugió ella, ante la sonrisa complacida de Irina y Zadov—. Y si quien te preocupa es esa muchacha belga, tal vez te interese saber que tanto ella como Hummel, y los demás técnicos, están aislados del mundo exterior ahí abajo, en el subterráneo. Hemos cortado el fluido eléctrico, las líneas telefónicas y la corriente supletoria del ascensor. *No pueden salir*, aunque nosotros tampoco podemos entrar.

Duke escuchaba aquella voz, antes tan dulce, rebosando ahora veneno y maldad. Pero ya no pensaba en ella, sino en Cristina Janot, aislada allí abajo, con los demás técnicos e investigadores.

Phillys continuó cruelmente, acercándose a un cuadro de control, lleno de conmutadores e interruptores.

—Hemos conectado una tubería a los conductores de la renovación de aire, y bastará que bajemos este interruptor, para que una gran cantidad de gas invada los subterráneos. Así morirá con ellos el secreto del arma de cobalto.

El sudor inundó la frente de Duke ante aquel diabólico plan. Era algo monstruoso, que terminaría no sólo con el gran secreto militar y científico de Gran Bretaña, sino con la vida más preciada para él.

Arreciaba la lluvia contra los cristales. La iluminación era débil, pero a Duke le escocían los ojos. Vibraban sus nervios, tensos como cables de acero. Miró con vaguedad al centinela de la ametralladora, a Zadov y a Sergio, vigilantes con sus armas. A Irina y Phillys, al capitán Scotty, resignado a tan trágico e inevitable fin.

Había aún otro enemigo, disfrazado de oficial australiano, con una «Luger» en su diestra. Su rostro era inexpresivo y como tallado en mármol. Y su nariz... Aquella nariz despertó un recuerdo en Duke... No había logrado asociarlo antes, porque la primera vez que vio a aquel hombre, los ojos azules y fríos estaban ocultos tras unas negras gafas. *El libanés del «Ambassador»*... El hombre del *fez* y el aspecto desagradable.

—Lo lamento, Duke, pero tampoco usted puede salir con bien de esto. Ni su acompañante —dijo Zadov—. Son ambos demasiado peligrosos.

Iban a eliminarles, al tiempo que daban salida al gas, para asfixiar a los del subsuelo. Duke decidió que si hasta la vida estaba perdida ya, nada se jugaba con una reacción desesperada.

Súbitamente, alzó un pie, descargando un violento punterazo en la mano del centinela de la «Thompson». La ametralladora rodó por el suelo, y el otro aulló al sentir crujir su mano bajo el golpe.

—¡Quieto o disparo! —aulló Zadov.

Pero Duke estaba ya lanzado, y sólo la muerte podía detenerle. Se arrojó en plancha contra la mesa, que derribó ruidosamente contra Sergio y otro agente, quienes cayeron bajo su peso.

Zadov disparó y también Irina. Ambas balas dieron de lleno en el cuerpo del periodista, que sintió el mordisco ardiente del plomo en sus carnes. Se desplomó de rodillas, con un jadeo. Scotty trató de ayudarle, y Phillys, fríamente, le descargó a bocajarro su automática.

Con una niebla rojiza en sus ojos, Duke vio caer al capitán,

acribillado por la monstruosa mujer. Y vio avanzar a Zadov hacia el interruptor que introduciría él gas mortal en el subterráneo.

Quiso mantenerse en pie, pero Phillys aún tenía un proyectil, que le clavó sin piedad en el pecho. Duke tosió, notando la sangre caliente deslizarse entre sus labios.

Vio cómo el hombre que se fingiera libanés alzaba su «Luger»... sobre Zadov. Éste soltó el interruptor, miró al que creía su amigo, y con ojos desorbitados rodó al suelo.

—¡Animo, Duke, soy Adams, del Servicio Secreto británico! —dijo el hombre misterioso, tirando ahora sobre Sergio, que se apoyó en el muro para no caer y luego se abalanzó sobre Adams, rodando ambos al suelo en feroz abrazo.

Duke, a punto de desfallecer totalmente, alcanzó a percibir con horror infinito que la mano de Phillys Markham, crispada como la garra de un buitre, corría al funesto interruptor.

Tosiendo y jadeando, Duke se movió sobre sus rodillas, sintiendo crecer la hemorragia. Cerró los dedos en torno a la «Thompson» caída junto a él. Se irguió un poco más, haciendo esfuerzos inauditos por sostener la pesada ametralladora.

La alzó, con lo que a él le pareció lentitud desespérame y vio el punto de mira ante el cuerpo de Phillys. Entonces se volvió Irina, que no había vuelto a mirar a Duke, creyéndole eliminado.

—¡Cuidado! —chilló, horrorizada.

Phillys se volvió, veloz. Muy tarde ya. El dedo del periodista, curvado sobre el gatillo, apretó con rabia incontenible.

La «Thompson» vomitó la muerte con fragor escalofriante. Ráfagas de plomo troncharon el cuerpo esbelto de Phillys, cuyo vientre y pecho se volvieron tan rojos como su cabello. Siguió el arma su mortífera trayectoria, segando a balazos a Irina Kalveis.

Ambas, con ojos desorbitados y vidriosos, se abatieron sin vida. Zadov, que se movía ligeramente en el suelo, fue también rociado de proyectiles, en un definitivo frenesí del rabioso americano.

Después, sin llegar a ver cómo Arnold Adams eliminaba a su adversario, de sus manos estremecidas se desprendió el arma, cayendo en el pavimento. Encima de ella, rodó el cuerpo de Oscar Duke, perdida la noción de todo.

En el despacho del comandante Trevor, del «Intelligence Service», Arnold Adams presentó su informe oficial.

Trevor lo leyó, abrió una abultada carpeta, introdujo en ella el documento y cerrándola de nuevo, miró su rótulo:

«OPERACIÓN COBALTO»

Debajo, consignó:

«Conclusa».

Después, miró a Adams con una sonrisa.

—Usted nunca fracasa, ¿eh, capitán?

—Hasta ahora, no señor —sonrió Adams—. Pero esta vez agradézcaselo a un yanqui entrometido y terco. De no ser por él, hubiese yo caído también en Punta Elliot, sin provecho alguno.

—De todos modos, su disfraz de turista libanés, fue excelente. Nadie sospechó nada, y ése es su éxito, Adams.

—Gracias, señor. Creo que al supuesto Stapoulos, en realidad el agente yugoeslavo Laszlo Czejak, le detuvo el «Deuxième Bureau» francés.

—Ese informe he recibido, en efecto. Así como también que la periodista americana Phillys Markham resultó ser la directora del más peligroso grupo de información kroslovo.

Adams asintió, con grave gesto.

—Sí, señor. Ése es uno de los tristes capítulos de nuestra historia. Algo que sucede en el mundo más a menudo de lo que fuera de desear. No sólo en los Estados Unidos, sino igualmente en Inglaterra, Alemania, Francia o Italia. Traidores a la Patria, por el mero hecho de tener una ascendencia más o menos remota del país en cuestión.

—Era una muchacha muy bella y gentil.

Adams se estremeció levemente al recordarla tal como quedó después de la ráfaga de ametralladora del enloquecido Oscar Duke.

—Sí, lo era. Y endiabladamente lista. Fue una pena que dedicara al mal esa inteligencia. Por el mero hecho de ser su madre kroslava, ella se creyó obligada a militar en las filas de Krosllavia, sin pararse en sangre derramada con tal de lograr los fines de su país. No vaciló en olvidar que había nacido en tierra americana y que también por sus venas corría sangre americana, que su padre le dio. Supo traicionar tan hábilmente, que ninguno sospechamos de ella en

ningún instante.

—Duke se encargó de vengar a su patria traicionada.

—Sí. En aquel momento, nuestro joven amigo se olvidó de que era un ser humano. Recordó que de su acción dependían vidas preciosas, una sobre todo —aquí sonrió burlonamente, continuando—: Y apretó el gatillo con furia animal. Nunca he visto nada semejante.

El comandante Trevor asintió gravemente.

—Tal vez fue lo mejor que pudo ocurrir... para bien de todos, incluso de la propia señorita Markham. Se evitó el piquete de ejecución.

Hubo unos instantes de silencio. Ambos hombres meditaban sobre todo lo acontecido. La imaginación del capitán Arnold Adams estaba ahora en otro lugar, en casa de Ruth, que no podía imaginarse que él había ya regresado. Y nunca sabría, ni ella ni nadie, que todos aquellos días vivió Adams una de las azarosas aventuras que constituían la savia de su vida.

Ruth callaría, porque era comprensiva, y se conformaría con la escueta explicación que él la diese:

—He estado cumpliendo una misión confidencial querida.

Adams sabía que ella nunca se quedaba conforme. Pero para una mujer que deseara llegar a ser esposa de Arnold Adams, era imprescindible ser así.

Las palabras de su superior, le arrancaron a las gratas meditaciones.

—A propósito, Adams, ¿qué sabe de ese americano entrometido?

—Los bravos tienen una Providencia, señor —dijo Adams—. Con tres heridas gravísimas, salió del paso, y convalece ahora en Adelaida, hasta que se halle en condiciones de trasladarse a su país.

—¿Está, pues, sólo en Australia?

—No se preocupe de ese aspecto de la cuestión. Hay cierta chica...

El comandante Trevor sonrió.

—¿Cristina Janot?

—Eso es —se sorprendió Adams—. ¿Cómo lo sabe?

El comandante abandonó por un momento su proverbial severidad, y guiñó un ojo con picardía.

—El Servicio de Información ha de saber esas cosas tan

importantes, Adams. En realidad, es una faceta más del *affair*, ¿no cree?

—Sí, señor. Y para Duke, bastante importante.

Y ambos hombres sonrieron ahora, olvidando ya, como por tácito acuerdo, que existía un arma de efectos aniquiladores, que estuvo a punto de costar más vidas de las que ya había costado, para pensar tan sólo en el audaz americano que, allá en Australia, iba reponiéndose de sus heridas, con una bella mujer al lado.

EPÍLOGO

Oscar Duke se incorporó lentamente. Le cansaba aquella forzosa inactividad, y al menos un paseo por la larga galería del sanatorio, le calmaba siempre los nervios.

Se preguntó cuántos días tendría aún que pasar entre aquellas blancas paredes que le agobiaban, y cuántas noches tendría que seguir contemplando, como único panorama, la bahía y el cielo cuajado de estrellas fulgurantes.

No le desagradaba aquello. La brisa era fresca y vivificante por las noches, y tendido en aquellas cómodas hamacas, bajo el techo de vidrios de la galería, abiertas sus cristaleras a la vista del mar australiano, que venía a morir a los pies del declive arenoso de la colina en cuya parte alta se elevaba el centro curativo, ahora dejaba correr su imaginación tras ideas maravillosas. El futuro, por ejemplo. Un futuro lejos de aquellas tierras, lejos de aquellos mares y aquellas latitudes.

Tal vez para muchos, lo que él imaginaba no era lo bastante bello. Acaso la idea de una vida en una ciudad ruidosa y llena de gente, fuese muy inferior a la de aquella paz y sosiego, bajo el brillo de los astros del hemisferio austral. Pero Oscar Duke tenía espíritu de periodista, de hombre de ciudad, de vertiginosa vida, de actividad y ruido...

Ahora, además, todo iba a ser diferente. Si ella quería, por supuesto.

—Oscar, ¿estás ahí?

Era su voz. Como todas las noches. Se volvió. Por la galería se acercaba su figura inconfundible. El paso menudo, gracioso. Sonrió.

—Sí, Cristina.

—¿Ya has vuelto a levantarte? —había reproche en la voz de la joven.

Oscar asintió con aire de chiquillo travieso cogido en falta. No

tenía valor para encararse con Cristina en plan de disculpa. Le intimidaba la presencia de la joven, y él sabía que no era precisamente por temor.

—Perdona, Cristina —dijo humildemente—. Me falta paciencia para resistir estas horas de inactividad.

—El activo norteamericano, que sólo sueña con rotativas en marcha, ediciones especiales... —La burla cabrilleaba en la voz risueña de la muchacha—. ¿De veras no te gusta esto?

Miraba a toda la amplitud del panorama nocturno. Las lucecillas lejanas, de algún puerto insignificante, y más allá las de Port Lincoln. Sobre el Océano Índico, negro e impresionante, el cielo austral, tachonado de otras lucecillas, más vivas y parpadeantes. Y sobre todas las cosas, una quietud solemne, una paz maravillosa.

Sin embargo, a Oscar Duke no le gustaba, no podía gustarle estar allí recluso, sometido a su forzosa inactividad.

—No, Cristina, no me gusta, y no me da ningún rubor confesarlo.

—Prefieres tu Nueva York, lleno de ruido y de olor a gasolina. ¿No es cierto?

Asintió Duke, gravemente.

—Sí, aquello es distinto. Tú acaso no lo comprendas. Eres europea, de ideas diferentes sobre la existencia humana. Crees que un rincón apacible y un clima tranquilo son la adecuada escena para ser feliz.

—¿Por qué crees que pienso eso? —El tono de Cristina era divertido.

—Es lo lógico en ti. Pero en mí, no. Deseo ese otro ambiente, menos apacible, pero necesario para mis nervios y mi sangre.

—Ambientes de violencia, Oscar. Ya viste en París.

—Eso no quiere decir nada. En cualquier sitio puede estallar la violencia. No es privativa de los lugares populosos.

—¿Tú crees?

—Sí. La violencia va con nosotros mismos.

La joven meditó sobre esto. El hablar de ese asunto le traía recuerdos desagradables. Pero no le importó continuar.

—¿Por qué donde haya seres humanos ha de nacer siempre la ambición y el deseo de matar?

—No sé. Acaso porque no nos resignamos a vivir en una

felicidad constante, y necesitamos sentirnos desgraciados.

—El mundo tiene que llegar a comprender que no es posible seguir así.

—El mundo no comprende nada, mi querida Cristina. Es egoísta, falso y lleno de maldad.

—¿Todo el mundo?

—¡Oh, bien! No todos son así. Por fortuna, aún existen la amistad, el amor, la comprensión y la fe en un mundo nuevo donde los países se consideren como hermanos.

—¿Llegará a ser eso una realidad?

—No lo sé. Quizá sí.

—Te falta convicción, Oscar. Dudas de que sea posible.

—Es otra de nuestras malas costumbres. Dudar de todo. ¿No sería mucho mejor tener fe?

—No nos dejan que la tengamos, compréndelo. No se puede concebir que unos seres que hoy se matan entre sí, puedan un día convivir como una familia ideal y llena de amor.

—Pero es bello confiar en que eso ocurra algún día. Y son tan pocas las cosas bellas de nuestra época, que vale la pena confiar en algo.

—¿Confías tú?

Duke asintió, con un brillo lejano en la mirada.

—Sí. Creo que alguna vez será eso una realidad. Una hermosa realidad. Se ha hablado mucho sobre ello, es cierto. Y nunca, después de esas guerras que, al acabar creíamos de buena fe que nos iba a hacer mejores y más buenos, cambió nada. Continuaron los odios, las envidias y el egoísmo. Ahora se lucha por poseer armas mejores, se mata por obtenerlas. Es una carrera por el dominio. Pero no puede ser eterno, Cristina. Me niego a creer que todos seamos siempre iguales.

—Quisiera ver las cosas como tú.

—Acabarás viéndolo así. Te darás cuenta un día que es hermoso confiar en la bondad de los hombres y en una Humanidad comprensiva y sin maldades.

—Soy pesimista, Oscar.

—Eso es lo que debemos desterrar los jóvenes de hoy. En nosotros está el futuro que debe ser como todos lo soñamos. Con pesimismo, seríamos incapaces de seguir adelante. Sé que esto

puede parecer sólo palabras, pero yo las siento, y tú también debes sentirlas.

—Si pudiese... —Su mirada se transformó—. Acaso tengas razón, después de todo. Al menos vale la pena luchar por todo eso.

—Sabía que hablarías así. Como conozco tus gustos sobre una vida feliz en un sitio así, conozco también tu espíritu. Y sé que, en el fondo, también eres una mujer que alimenta ilusiones de esa clase. Acaso se queden sólo en eso, pero lo habremos intentado y habrá sido un esfuerzo digno de hacer.

—Mucho crees conocer sobre mis gustos y mis ideas, Duke.

Empezaba a temer que sí. Aquella mujer no compartiría gustosa su vida en Norteamérica. Y temía también que si era así, a él iban a faltarle las fuerzas para volver a su ritmo normal de vida. Y elegiría lo que no era de su agrado, sólo por estar a su lado y no separarse jamás.

—Sí, Cristina. No puedo equivocarme.

La brisa acariciaba sus rostros. Traía un penetrante olor salitroso, que embriagaba los sentidos. Duke vio que la mirada de Cristina se hacía profunda.

—Eso es lo malo tuyo. Te crees tan listo que todo lo sabes necesariamente.

—¿Yo listo?

—Sí. Porque has descubierto una intriga de novela policíaca, ya te consideras con derecho a opinar sobre todas las cosas.

—Pero, Cristina...

—¡Y con qué aire de suficiencia lo dices! Como si yo fuera un libro abierto para ti.

—No he dicho eso.

—Pero lo digo yo —el tono era suave, pero advirtió cierto enfado en la voz de la joven belga—. De acuerdo en que seas algo más listo que yo, pero no te concedo demasiado margen. ¡Dejarte engañar por Phillys Markham! Parece increíble.

—Eso no tiene nada que ver con este asunto —protestó Duke—. Ella fue muy hábil...

—¡Hábil! —rió ella, con ironía—. La treta del café aquella noche, debió abrirte los ojos. Pero, claro, ella era americana como tú, y eso descartaba todo...

—Pero, Cristina, eres injusta...

—No, Oscar, en absoluto. Sé que llegaste a sospechar de mí. Acaso creíste aquella noche de «Chez Margot» que yo te besé por atraerte a mí con tenebrosos propósitos.

—¡Oh, no!

—No seas falso, que sí lo pensaste. Y te lo perdonó en cierto modo, pero...

Vaciló. Estaba muy cerca de Oscar. El rostro del joven periodista neoyorquino y el de la audaz muchachita belga, se rozaban casi, insensiblemente, en el calor de la discusión, habían ido acercándose el uno al otro. La brisa agitaba los cabellos de la joven. Sus ojos, húmedos y límpidos, reflejaban con asombrosa nitidez el fulgor blanquecino de las estrellas lejanas. Tenían aquellas pupilas la misma o mayor profundidad que las aguas oscuras del índico.

Ambos se miraban fijamente, conteniendo la respiración sin darse cuenta ellos mismos.

Cristina tuvo el valor suficiente para seguir, pero su voz era más ronca que antes:

—Pero tú debiste darte cuenta de que no te lo daba con fingimientos. Ni siquiera porque estuviese un poquito mareada por la bebida.

—¡Cristina!

Oscar Duke susurró su nombre, con un estremecimiento que pareció contagiarse a ella.

—Oscar, yo nunca te hubiese besado si no...

—¿Qué?

Su pregunta era anhelante, tensa. Ella aún pudo seguir adelante, sin apartar los ojos de los suyos.

—Si no hubiese sentido... Bueno, unos profundos deseos de hacerlo.

—¡Cristina!

Y esta vez no fue preciso que continuara hablando.

Convencido de que era un maldito estúpido con falsas ideas sobre muchas cosas, y de que a Cristina como a él mismo, le importaba un ardite el sitio donde estuvieran, con tal de estar juntos, también se dio cuenta de los deseos que sentía ahora de volver a besar aquellos labios.

De modo que se inclinó sobre la linda muchacha y besó sus lindos labios.

Dejó de existir todo en derredor suyo, como si se hallaran en un mundo donde el tiempo no significaba nada, y aquel beso, más elocuente que todas las palabras que pudieran pronunciar, se prolongó indefinidamente bajo la paz de la serena noche austral.

FIN



A Paul Larmón no le impresionaba nada. Ni siquiera la macabra y tenebrosa cita con la Muerte, que le lanzó un reto fulminante y acudió, con fatal puntualidad, a consumar un misterioso designio... un designio que impulsó a Paul Larmón a lanzar aquellas decisivas palabras:

¡Acepto el desafío!

Título de un escalofriante relato de espionaje donde la intriga y la emoción mueven la más dinámica historia de amor y de muerte

En uno de los lugares más peligrosos del mundo, punto de fricción de dos mundos antagónicos, polvorín en continua tensión y avispéro de conjuras internacionales, sitúa el famosísimo y celebrado autor

ALAR BENET

su más impresionante novela:

¡Acepto el desafío!

cuya lectura — apta únicamente para quienes sean capaces de controlar sus propios nervios — constituye un auténtico fulminante disparado en línea recta contra el más insensible de los lectores...

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡se la ofrecerá dentro de siete días! ¡Jamás se arrepentirá de leer y conservar esta gran novela!

CARTELERA de NOVEDADES

APARICION SEMANAL PRECIO. 5 PTAS.



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 421 - M.^a Adela Durango
- LA ULTIMA SONRISA
- Núm. 422 - Carmen Martel
- EL PASAJERO DE TERCERA



COLECCION ROSAURA

- Núm. 261 - Maricé Salceda
- TENGO UN SECRETO
- Núm. 262 - Georgina Rann
- CUANDO ELLAS DICEN: ¡NO!



COLECCION ALONDRA

- Núm. 100 - María Teresa Sesé
- NO TE ALEJES DE MI
- Núm. 101 - Vera Ohly
- NADIE ESCAPA AL AMOR



COLECCION BISONTE

- Núm. 362 - Chas Logan
- LA PIEL DE UN HOMBRE
- Núm. 363 - Keith Luger
- EL ULTIMO PISTOLERO



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 226 - Donald Curtis
- OPERACION COBALTO
- Núm. 227 - Alar Benet
- ¡ACEPTO EL DESAFIO!



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 317 - M.^a del Pilar Carré
- HISTORIA DE UN DESTINO
- Núm. 318 - Javier Osuna
- EN AQUELLA PENSION...



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 147 - Ana Marcela García
- CARCEL DE NUBES
- Núm. 148 - María Aseret
- PAZ EN EL ALMA



COLECCION ORQUIDEA

- Núm. 11 - Trini de Figueroa
- QUINCE MARGARITAS
- Núm. 12 - Carin Tellado
- DE DISTINTO COLOR



COLECCION BUFALO

- Núm. 59 - Raf Segram
- BARRIDOS POR EL PLOMO
- Núm. 60 - Fidel Prado
- TUCSON



COLECCION CAMELIA

- Núm. 41 - Mary Vidal
- HUYÓ EL PASADO
- Núm. 42 - Nythamo
- UNA VEZ LLEGÓ EL AMOR



COLECCION LAUREL

- Núm. 28 - JOSÉ ANGEL BUESA
- Núm. 29 - SON JUANA INES DE LA CRUZ

APARICION BIMENSUAL

■ Volúmenes recientemente aparecidos.

□ Volúmenes de próxima aparición.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO. 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$3,50

NOTAS

[1] El país que figura en algunas partes de esta novela, denominado Kroslavia, es enteramente imaginario, sin deliberada semejanza con ningún Estado real. Se supone enclavado en los Balcanes, y como ya advertimos, obedece a pura imaginación del autor. (N. del A.). < <